

APUNTES DE COYUNTURA



Ufro: relatos de la pandemia

UNA MEMORIA DEL PRESENTE

Ufro:
relatos
de la
pandemia

UNA MEMORIA DEL PRESENTE

UFRO: RELATOS DE LA PANDEMIA. UNA MEMORIA DEL PRESENTE

COMITÉ ORGANIZADOR

María Elena Arriagada Melo

Nicole Drouilly Yurich

Cristian Martínez Muñoz

Cinthia Torres Astudillo

Katherine Chávez Zárate

EDICIONES UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

APUNTES DE COYUNTURA

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-956-236-391-4

UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

Av. Francisco Salazar 01145, casilla 54-D, Temuco

Rector: Eduardo Hebel Weiss

Vicerrector académico: Renato Hunter Alarcón

Director de Bibliotecas y Recursos de Información: Carlos del Valle Rojas

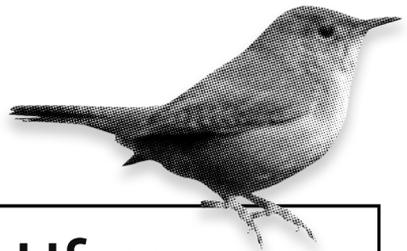
Coordinador de Ediciones Universidad de La Frontera: José Manuel Rodríguez

Diseño y diagramación: Ediciones UFRO

Diseño de portada: Ediciones UFRO

ISBN: 978-956-236-391-4





Ufro: relatos de la pandemia

UNA MEMORIA DEL PRESENTE

Comité organizador

María Elena Arriagada Melo

Nicole Drouilly Yurich

Cristian Martínez Muñoz

Cinthia Torres Astudillo

Katherine Chávez Zárate

Índice

Presentación	11
Suertudo	
Sebastián Alegría Sandoval.....	13
La vieja cuarentena	
Sebastián Azócar Oyarzo.....	15
Reflexión en tiempos de pandemia	
Maximiliano Barenys Vega.....	17
Último año	
Belén Barrera Barrera.....	19
Ver la luz	
Rolo Barría.....	21
Insomnio	
Javiera Barriga Vargas.....	23
Cumpleaños n.º 21 en cuarentena	
Matías Cabezas Aravena	25
Repeticiones	
Kallfü.....	27
Pandemia: un virus acecha	
Marianela Caniullán Calderón.....	29
Una pausa en el camino	
Dith.....	31
Nostálgico paisaje	
Jeanette Cárcamo Muñoz	33

Relato breve	
José Chávez Castillo.....	35
La nube negra	
Bárbara Chávez González	37
Una saga en desarrollo	
Alas Amarillas.....	39
Un largo campamento	
Mauricio Díaz Aravena.....	41
Pequeñas cosas	
Josefa Díaz Arriagada	43
Covid-19 2020	
F. J. D. R.....	45
Pensando durante la pandemia	
Nicole Drouilly Yurich.....	47
El amor en tiempos de pandemia	
Dora.....	49
Imaginábamos	
Bárbara Gil Parada.....	51
De nuestra ausencia colectiva	
M. G. M.....	53
El espectáculo de ver bandurrias	
C. G. S.....	55
Los héroes de la medianoche	
Aní Lorca.....	57
Historia en cuarentena	
Sandra Henríquez Vallejos	59
Una nueva modalidad de educación	
Jessica Herrera Glusser	61
Amor en tiempos de coronavirus	
D. A. J.....	63
Una nueva enseñanza	
Julio Lagos Sandoval	65
En espera	
Camila Lobos Arriagada.....	67

El sonido solapado del covid-19 en Temuco	
Raúl Abilio Mabasso	69
¿Qué está primero: la economía o la salud?	
Jimena Maiz Sáenz-Villarreal	71
Covid-19 y los privilegios inesperados	
Martina Martínez Cid	73
Paciencia	
Lector errante	75
Mi futuro pendiente de un hilo	
Camila Muñoz Neculpán.....	77
Las cuarentenas han marcado mi vida	
Liliana Oberg Figueroa.....	79
Un resumen no muy interesante sobre mi cuarentena	
Jeshuak Otárola Sáez.....	81
Nueva (norma)lidad	
Tanya Peralta Ochoa.....	83
¿Hasta cuándo?	
Loreto Puelpan Muñoz.....	85
Pandemia en el Wallmapu	
Carlos Quintulen Colicoy	87
La ciudad se ha dormido	
Claudio Ramírez Acuña.....	89
Buenos modales	
A de Alex	91
Llegó sin ser invitada	
Gatobibliotecario	93
Solo yo	
Vitalia Reyes Monsalve.....	95
Cuarenta y tres mil doscientos segundos	
Sergio Salgado Salgado	97
La peor experiencia de mi vida	
Fernanda Sanhueza Flores	99
Un virus en el espíritu y en el hogar	
Hugo Sanhueza Riquelme	101

Varado en cama mirando el techo	
Luis Suárez Villagrán.....	103
Sobre el bien común y la dignidad humana	
Gustavo Troncoso Tejada.....	105
El vacío de los días	
Xiharas.....	107
Mamá	
Diego Villagrán Castro	109
La perplejidad e incertidumbre en tiempos de pandemia	
Cristóbal Villanueva Navarrete	111
Y así todos los días	
Su.....	113
Confesiones en tiempos de pandemia	
Alba Zambrano Constanzo.....	115

Presentación

Con la intención de brindar un espacio de expresión y registro vivencial en torno a un hecho que marcará no solo la historia de nuestro país y el mundo, sino también las vidas particulares de personas y comunidades que han debido enfrentar la mayor pandemia conocida hasta hoy, producida por el covid-19, la Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información de la Universidad de La Frontera ha confiado en las posibilidades que ofrece el ejercicio de la escritura, convocando a la comunidad universitaria a construir una memoria del presente, donde, más allá de las competencias literarias, fuera la humana necesidad de comunicarnos la que tejiera este documento, que se espera permanezca como un testimonio de esta experiencia.

Como respuesta, recibimos cincuenta y dos relatos, todos bajo la exigencia de pertenecer al género de no ficción, los cuales abordan, principalmente, vivencias personales y reflexiones de integrantes de los diferentes estamentos de la universidad: estudiantes, funcionarios/as y académicos/as.

Esta unidad agradece la participación y el compromiso de quienes ya son parte de esta publicación, la cual busca contribuir tanto al fomento de la escritura y la lectura, como también a la cohesión institucional, a través del trabajo de creación y socialización de ideas, experiencias y afectos. Al mismo tiempo, agradece la colaboración de Ediciones UFRO/UFRO University Press en la edición de este libro, el que será parte del acervo histórico de nuestra casa de estudios.

Dejamos en sus manos este material inédito, escrito por quienes dan vida a la Universidad de La Frontera, que hoy, si bien se encuentran en sus hogares, siguen manteniendo un vínculo permanente con el quehacer universitario, ya sea desde el teletrabajo o trabajo presencial, en el caso de los funcionarios y funcionarias; la investigación y la docencia virtual, en el caso de los académicos y académicas; y las clases virtuales, en el caso de nuestros queridos y queridas estudiantes. Todos y todas,

en este libro, han hecho latir las palabras como un corazón lleno de sueños con la esperanza de construir un nuevo país y un nuevo mundo.

Comité organizador
Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información

Suertudo

Sebastián Alegría Sandoval

Estudiante, Ingeniería Civil Informática

El último roce que tuve con la persona con quien estoy viviendo en estos momentos y pasando esta cuarentena fue mi abuela y fue por querer explicarle cómo funciona una transferencia bancaria por internet. Me estresa tratar de hacerla entender cómo funciona «la plata del cajero», como ella le dice. Pero ella es el sustento de la casa y por eso trato de facilitarle las cosas, como por ejemplo ayudarla a comprar con *delivery*.

La razón de escribir esto es lo feliz que me siento a su lado. Su forma de ser y su amor incondicional hacen que mi cuarentena sea como un retiro, de esos en que te vas a un lugar remoto, silencioso, con paz y armonía.

Es fuerte y sincera la conclusión que he sacado de todo esto, pero siento que una abuela como la mía es el mejor *partner* que pude soñar para este confinamiento, especialmente tratándose de la parte psicológica.

Escucho muchos relatos y muy frecuentemente, dentro de mi propia familia y círculo de amigos, de cómo se torna insostenible el ambiente en sus casas. Mientras que aquí, en la mía, solo nos peleamos por quién hará el pan o lo que antes señalé: la plata del cajero.

Siempre pienso que no me porto lo suficientemente bien para merecer este tipo de regalos del destino. Sé que ella es única y la calidad de vida que me da no se compara con nada. Ojalá algún día ella pueda leer este relato y sepa lo feliz que me hace. El confinamiento da pie a la reflexión y siento que nunca podré decirle lo mucho que la amo.

Te amo, abuela.

La vieja cuarentena

Sebastián Azócar Oyarzo

Estudiante, Pedagogía en Historia, Geografía y Educación Cívica

Es cierto, hay un antes y un después indudable. A causa de la pandemia, los resguardos que antes parecían hipérbolos hoy son un dialecto común en nuestra comunicación por vivir. Los miedos, los problemas y las lejanías gravitan entre el primer núcleo: la sagrada familia, preocupada por las alteraciones físicas, así como angustiada por el extraño devenir.

El planeta es arrasado por cifras devastadoras en todos los continentes. Hoy hablamos todos el mismo lenguaje: la impotencia, la angustia y un miedo recurrente. Tenemos histeria, nos sentimos apesados, abarrotados en nuestros nichos creados para sentirnos cómodos; sin embargo, hay cuarentenas existentes, labradas en el silencio y la indiferencia desde mucho antes que la pandemia fuera la protagonista.

Hay cuarentenas en quienes regalan sus manos cansadas para arropar a sus hijos, en quienes laburan día a día sumergidos en un mar de interrogantes para ver si el trabajo les da para sobrevivir. En los que empañarán sus ventanales llevándose un historial de cambios superficiales sobre una imagen que necesita urgentemente ser retocada hasta el fondo, en los que adolecen el doble que nosotros, porque, a diferencia de la nuestra, su cuarentena es sin mascarilla, sin cobertura mediática, sin reuniones para posibles soluciones; es sigilosamente dolorosa, pues es invisible a los ojos cotidianos, es impalpable para las manos comunes y se vive en una resignación eterna, como el tiempo en que ha sido instaurada.

Reflexión en tiempos de pandemia

Maximiliano Barenys Vega

Estudiante, Química y Farmacia

Más que un relato, solo quisiera hacer una reflexión.

Comparando estos días de trabajo en línea con los realizados presencialmente, se nos revela ante la mirada un cambio de paradigma en la educación: ahora se nos hace más fácil llegar a las clases, mas no así estar en ellas.

Último año

Belén Barrera Barrera

Estudiante, Nutrición y Dietética

Mil ideas se me vienen a la mente; este era mi último año de universidad, el último de estudiante, el último de ser UFRO de manera activa. Estaba casi lista para el internado, temido y esperado a la vez, la verdadera esencia de tu carrera, los años que estudiaste no son nada sin él. Podría decir que pasé tanto tiempo como oruga que ya era hora de convertirme en mariposa, una mariposa morada.

Pero todo era más extraño, existe un contexto social que a veces nos condiciona. Desde octubre del año pasado ya no pienso de la misma manera, las palabras *empatía* y *conciencia social* vienen de inmediato a mi mente y a mi corazón, y quiero que ahí se queden. Deberían quedarse en el resto de las personas también, es algo que hace falta.

Pero eso era solo un paréntesis.

El 2020 comenzó de manera UFRO; terminé mis clases y prácticas en enero, con la emoción y el nerviosismo de ver las notas finales, pensar en las vacaciones de verano y en lo reducido que se veía todo al ser la tercera semana del mes, sabiendo que debía regresar pronto. El verano se pasó muy rápido, pero el intercambio de energías hizo lo suyo y estaba cargada de ellas para enfrentar «lo último». Las palabras de amigos y familiares recalcan la sensación de que era casi el final de la vida universitaria, el último esfuerzo, como decía mi mamá, a un paso de la vida adulta, de las responsabilidades laborales y de los sueños propios.

A lo lejos, al otro lado del mundo, en una realidad totalmente distinta a la mía, se hablaba de una pandemia. La Organización Mundial de la Salud comenzaba a alertar al resto del planeta de lo que sucedía, nuestra salud estaba luchando con un desconocido. En un principio no me sentí afectada, observaba las noticias y el avance de la situación, supongo que esperaba la solución al «enemigo invisible», como ha sido llamada en varias partes del mundo. Cuando una sacudida nos llega de cerca, países

que siempre soñé conocer se veían sobrepasados por el virus. Aun así, las personas aún no le tomaban el peso, seguía todo normal, pero era una bomba de tiempo.

Mientras tanto, emocionada, daba los primeros pasos para iniciar el internado. Estaba cerca y sentía ansiedad por este importante suceso, volver y ver rostros conocidos, recorrer lugares que te sabes casi de memoria, ver la universidad de manera distinta y sentirte preparada para asumir el reto. Pero de repente todo se detuvo, de un momento a otro, todo cambió.

Es típico escuchar que queremos lo que no tenemos, pero siempre lo había asociado al ámbito de lo material. Hoy es distinto, extraño visitar a mis abuelos, jugar con mis sobrinos y reírme en familia, extraño salir a caminar, recorrer el supermercado, tomar un café con amigos, extraño el viento en la cara, extraño el verde de los árboles, extraño mi rutina.

Pero aun así me quedo en casa, con el anhelo de que todo pase y de que nos podamos abrazar pronto, reiniciarnos, aclarar nuestras prioridades, disfrutar de esos detalles simples que nos hacen felices, sin olvidarnos de los otros, sin dejar de ser empáticos y generosos.

El desconocido ya tiene un rostro, ya sabemos cómo evitarlo, al menos por un tiempo, aunque él no se detiene y no nos da descanso, no se pausa. Pero hay cosas que sí podemos posponer o pausar. Este año es uno de esos, el internado no irá a ningún lado.

Estaremos listos cuando podamos abrazarnos otra vez.

Ver la luz

Rolo Barría

Estudiante, Kinesiología

Esta pandemia me hizo recordar una frase: «Cuando la humanidad está al borde del abismo, esta ve la luz». Me encantaría creer eso por un segundo, sería hasta poético que así fuera, pero tristemente no lo es. Cuando comenzó todo, incluso antes de las primeras muertes y después del «Chile despertó», vi cómo la gente acaparaba compras en el supermercado, gente con carros llenos de insumos de primera necesidad, que no dejaba nada para los demás. Esas mismas personas que gritaban que Chile había cambiado, insultaban a sus pares porque no querían dejarles una barra de jabón, de las veinte o treinta que llevaban. En ese momento me di cuenta de algo triste: de cuán hipócritas somos. Algunas semanas después, tras tanto encierro, tras tantos contagios en mi ciudad, aún veo gente sin mascarilla, sin preocuparse de cuidar al prójimo. Veo cómo instituciones financieras se llenan los bolsillos con el aumento de los intereses por no pago, cómo las empresas suben exageradamente los precios de sus productos, cómo la gente se agolpa para repactar sus deudas, cómo son capaces de pasar por encima de un niño o un anciano, cómo son incapaces de mantener la distancia para evitar más contagios. La ira y la ambición los consumen por dentro, quizás fue el encierro, quién sabe. Viendo algunas películas, me encontré con una donde un villano quería acabar con la mitad de la población del universo y me hizo recordar las conversaciones y comentarios de personas que dicen: «Estaría muy bien que se muriera la mitad de la población».

Hoy, 22 de abril, en lugares donde se creía que la curva de contagios se había controlado, se reportan nuevos casos y se teme un segundo brote. En países como Brasil y EE. UU., donde la economía cae en picada, la gente sale a las calles con armas, roban y saquean, defendiéndose de un enemigo al que no pueden dispararle, al que no pueden sobornar, que no está en Medio Oriente o en un país «títere», lejos de casa. Está acá, en nuestros hospitales, en nuestros bancos, en nuestros autos, dentro tuyo, y la

gente se vuelve loca, toma aviones y helicópteros para salir de las grandes ciudades, pero no hay dónde escapar, está en todas partes y aunque tengas todo el dinero del mundo, no te salvará, pues no vives del dinero. Los consume el miedo. El abismo está ante nosotros, es un virus que ataca a los humanos y deja afuera a la mayoría de las especies; la naturaleza está recobrando su territorio, lo que siempre fue suyo, pero el abismo sigue ahí, quizás la luz nos dejó ciegos.

Decían que la humanidad se uniría y dejaría sus diferencias cuando nos viéramos amenazados como especie por un enemigo común. Esta actitud se ha visto en miles de películas y se ha leído en centenares de libros, y esa idea nos llena de fe y esperanza. Sin embargo, el enemigo sigue entre nosotros, raudo e implacable. Aquellos que se recuperaron del ataque de este enemigo no están generando inmunidad, haciendo que el contagio progresivo para inmunizarnos sea inviable. Con un enemigo así, que nos invita a unir nuestras fuerzas para desarrollar una cura —que por el momento se ve lejana—, el ser humano muestra su verdadera naturaleza. Aunque estemos viendo la extinción con nuestros propios ojos, se ven países robando a sus vecinos insumos médicos, vendiendo la vida al mejor postor, dejando morir a sus aliados. Y la muerte, mientras, nos observa y ríe.

No sé si la humanidad se acabe, pero los hechos son irrefutables. A este paso, los que sobrevivan encontrarán un mundo muy diferente, pero espero que sea mejor que este, más humano.

Insomnio

Javiera Barriga Vargas

Estudiante, Obstetricia y Puericultura

Pensé que hacía lo correcto, viajé a mi casa en Chiloé porque parecía lo mejor. Mis padres me extrañaban, no tenía clases ni práctica y en mi isla estaría más lejos de la pandemia. Error.

Yo ya tenía el virus en el cuerpo, sin saberlo. Contagié a mi familia entera: mi papá, mi hermana, mi pareja y a la mujer más maravillosa de este mundo, mi madre.

Lo pudimos sobrellevar bien los primeros días. Perdí el olfato, tenía mucosidad y pensé que era sinusitis. Fui al médico y ese fue el diagnóstico. Sin embargo, mi papá comenzó con fiebre, mucha fiebre a los dos días. Mi mamá al día siguiente y pronto a mi hermana le dolía el cuerpo entero y mi pareja tenía dolor en el pecho.

Lo supe antes del diagnóstico, tenía miedo, tenía culpa. Quería llorar. Todos teníamos covid-19.

La primera semana pasó rápido, corría por la casa preparando agua con miel y limón, tomándoles la temperatura a mis padres a cada hora, esperando que bajara con el paracetamol, con los paños que tenían en la frente, el cuello, el estómago y las piernas, o con el natre que una amiga de mi mamá nos había traído. Por favor, que algo ayudara.

Mi hermana se recuperó rápido y comenzó a ayudar en lo que podía a mi mamá y mi papá, mientras que mi pareja se hizo cargo de la casa y de mi salud mental. Sin él no podría estar escribiendo esto.

Mi papá empezó a mejorar, al mismo tiempo que mi mamá empeoró. Él ya no tenía fiebre y a ella no podíamos bajársela con nada. Él comenzó a tener más ánimo y mejor color, mientras que mi mamá comenzó a toser compulsivamente y a dormir cada vez menos.

Tragándome las lágrimas llamé al SAMU, mi mamá estaba con dificultad respiratoria, la tos no la dejaba respirar, se estaba apagando. Mi corazón dolió tanto cuando se la llevaron, y a mi padre y a mi hermana se les fue el alma del dolor.

En menos de setenta y dos horas la intubaron y la conectaron a un ventilador mecánico. *Shock séptico*, drogas vasoactivas, los exámenes seguían saliendo alterados, bloqueo neuromuscular, bomba de furosemida para ayudarla a orinar, porque todo se había agravado por su insuficiencia renal. Los médicos nos pedían paciencia.

Me daba miedo llamar, pero me daba más terror cuando veía el número del hospital llamando para informar algo. Pasaron así dos semanas, mi hermana lloraba mucho y mi papá estaba cada día más apagado. Yo seguí fuerte frente a ellos, los contuve mientras el amor de mi compañero me sostenía a mí.

Rezamos, rezamos cada noche, rogamos cada segundo del día, imploramos a todos los ángeles y a todos los santos. Nos escucharon. Dios es misericordioso. La ayuda llegó por todos lados, desde el Cesfam, cuidando de nuestra salud física y mental; desde la familia, los amigos, la junta de vecinos y hasta la municipalidad, que mandó una cajita de alimentos. Fue muy lindo cómo todos hicieron lo mejor que podían por nosotros. Todos rezaban por mi mamita.

Las noticias comenzaron a ser mejores. Fue desconectada, fue despertando, fue volviendo a nosotros. Su mente se perdía y su cuerpo no se sostenía, pero todos los días seguía luchando. Los profesionales y técnicos que la cuidaron en el hospital de Castro fueron maravillosos, motivándola cada día, informándonos de cada pequeño paso que daba para salir adelante.

Hoy, 8 de mayo de 2020, quiero contarles que fue dada de alta y que, por primera vez en más de un mes, espero dormir tranquila.

Cumpleaños n.º 21 en cuarentena

Matías Cabezas Aravena

Estudiante, Pedagogía en Matemática

Día de renovación, renacimiento. Los momentos se evaporan en el tiempo y a veces el vapor quema. Estado de aterrizado optimismo, con un leve toque inmedatista de cara hacia el futuro. La mochila cargada de sueños que poco a poco iré construyendo. Por el horizonte, donde se esconde el sol, me espera el final o un nuevo comienzo.

Lo último que recuerdo es que estaba montado en una magnífica y veloz bicicleta con la que sentía que era imparable. Despierto en una fría mañana de otoño lleno de confusos pensamientos. Salgo de mi cama por un vaso de agua y me preparo una taza de té de jengibre. Saludo a mi hermana melliza y recibo saludos de mi hermano y mi hermana mayor. Me introduzco en la lectura de un *best seller*. Prendo la tele y pongo una serie en Netflix. Una once acompañado de mi familia, que difícilmente podré olvidar debido a toda la comida que con mucho cariño se puso en la mesa. Una exquisita torta decorada con el filtro «en casa» de Instagram marcó la jornada.

Saludos por aquí y por allá, nada como unos cálidos abrazos virtuales junto con palabras bonitas que vienen con las felicitaciones. Batalla de *stickers* por WhatsApp. Tuve una conversación por Instagram sobre la edad que me destrozó la cabeza y la forma de ver el tiempo.

Para terminar el día, me fumo un tabaco con música jazz en compañía de mi soledad. Un curioso cumpleaños, sin duda el más tranquilo que mi mente me permite recordar. Es por ese sutil detalle que pasará a la inmortalidad, junto con este punto final.

Repeticiones

Kallfü

Estudiante, Ingeniería Comercial

Despierto, me levanto y abro la ventana, día soleado y yo con energía, voy a la cocina, están mis padres —una rareza, siempre están fuera de casa a esta hora—, tomo desayuno y hablamos de lo que haremos hoy. Haré aseo y cocinaré, quizás juegue algo, quizás haga ejercicio. Fue un largo día, así que dormiré.

Despierto, me levanto, el día también está soleado, voy a la cocina, están mis padres, hablamos un poco y cada uno va a lo suyo, hago mi pieza, algo de ejercicio y juego en el computador, pienso qué haré mañana.

Despierto, me levanto, nublado pero caluroso, iré a desayunar, no sé de qué podemos hablar, no conozco mucho sus gustos ni ellos los míos, desayuno en silencio, ya hicimos aseo en toda la casa, nada queda por limpiar, hacemos inventario, hay que saber qué falta.

Despierto, sigo cansado, qué extraño, si estoy durmiendo mis horas, me levanto, sigo en pijama, desayuno solo, salgo al patio y me siento en una pila de leña que debería guardar, escucho música hasta que me da frío, pienso en leer un libro, ya que tengo varios sin leer, no logro decidir cuál.

Despierto, tres libros en mi velador, los miro un rato y guardo dos, bajo a la cocina y el silencio me perturba, no encuentro a nadie, llamo preocupado, fueron a hacer las compras, prefieren ir en la mañana —menos gente, así evitamos las multitudes, dicen—. Ayer les dijeron que tienen que volver al trabajo, han evitado el tema.

Llegan discutiendo, son profesores rurales y trabajar por internet no es una opción, muchos de sus alumnos ni siquiera tienen teléfono, esperan que puedan darles otra solución. El almuerzo es tranquilo, están optimistas, evitamos ver noticias, siempre han dicho que la televisión hace mucho circo de todo, me inclino a creerles.

Despierto tarde, la lectura estuvo buena, pero leer con poca luz no es bueno para mis ojos. Ir al baño me lo confirma, las ojeras que tan sutilmente se me habían estado

formando hoy explotaron. Escucho otra discusión y varias voces, bajo intrigado, mis padres en una conferencia están viendo opciones.

Desayuno solo, creo que llevo días con los audífonos pegados en las orejas, recuerdo vagamente lo que he escuchado, hago planes de qué haré cuando se pueda salir, después dudo de que vaya a salir durante meses, evito pensarlo, hay que mantener la moral, me repito un par de veces mentalmente.

Despierto temprano, mi cabeza retumba del dolor, no pude dormir bien y terminé gastando mi noche viendo videos de cómo funcionan aparatos de nuestra vida diaria.

Me baño con agua fría, me hace sentir vivo. Quiero construir algo, siento que no he hecho nada original en mi vida desde que jugaba con legos, esa idea me dura tanto como los recuerdos de los sueños al despertar. Hoy, por primera vez desde que empezó la cuarentena, decido no usar el computador, mi única fuente de distracción.

Despierto, desconozco qué hora será, hace días que despierto a horas distintas, pero en el mismo lugar, terminé el primer libro, *Un mundo feliz*, creo que seguiré con *1984* o tal vez con *Sin novedad en el frente*, tengo que decirlo, espero no me decepcionen.

Despierto y miro a mi alrededor, no hay luz en la habitación, la cortina aún abajo, toco mis ojos y siento los surcos que se han formado, me pesan los hombros y me cruje el cuello, vuelvo a acostarme.

Pandemia: un virus acecha

Marianela Caniullán Calderón

Estudiante, Enfermería

Vivo en Freire, un pequeño pueblo al sur de Temuco donde casi nunca pasa nada, pero que hace unos meses está sorprendentemente revolucionado por el estallido social del 18 de octubre y, además, esperando el eclipse de fin de año, otro evento singular que sucederá en poco tiempo.

Nuestras vidas no continuaron como acostumbrábamos. El 2020 no se preveía diferente, la revolución continuaría, pero, antes de finalizar el año pasado, surge una noticia poco usual: se registran unos cuantos casos de contagio por un virus llamado SARS-CoV-2 en la ciudad china de Wuhan.

Con el paso de las semanas, la cantidad de casos fue en aumento, pero nada que nos preocupara en Chile y mucho menos en Freire. Hasta el 3 de marzo, cuando se informa del primer caso en nuestro país, aún sin caer en cuenta de a qué nos enfrentábamos. Los casos aumentaron rápidamente, llega el día 15 y damos un giro en ciento ochenta grados: se suspenden las clases en todo el país, se nos sugiere quedarnos en casa, aislarnos físicamente, evitar visitar a nuestros familiares. Desde ese día nada fue igual. Sucesivamente se fueron incorporando nuevas medidas: el toque de queda, cuarentenas parciales y totales, y la implementación de cordones sanitarios en los principales accesos de las ciudades, como Temuco, una ciudad que yo frecuentaba libremente para ir a la universidad y realizar compras, entre otras cosas.

En mi pequeño pueblo se registran los primeros casos de covid-19. Pasan vehículos de la municipalidad con altoparlantes haciendo llamados al autocuidado, anunciando que muchas personas se están contagiando, diciendo que estemos atentos a los síntomas. Parece acabo de mundo, un tanto apocalíptico.

Pasados unos días, comienzan a sanitizar las calles, un tractor y un ventilador gigante las recorren durante la noche, con un ruido característico que nos hace levantarnos de nuestros asientos con emoción, correr a la ventana y en ocasiones al-

zar la mano y saludar al tractorista. Uno tras otro, estos acontecimientos son casi de ciencia ficción. La suma de eventos me hizo reflexionar: ¿cómo es posible que algo tan pequeño, invisible al ojo humano, logre viajar de Wuhan a Freire? ¿Cómo es capaz de paralizar naciones casi por completo, continentes, un planeta? Frente a estas interrogantes intento dimensionar lo globalizado que está el mundo.

En mi vida y en la vida de mis padres y abuelos no había sucedido algo de tal magnitud. Desde mi ventana miro el mundo tan extraño ahora, tan ajeno, pero expectante ante un cambio inmensamente positivo. Las noticias dan cuenta del cese, en parte, de la contaminación, los animales se abren paso en las ciudades, se dice que se ha cerrado un agujero de la capa de ozono, entre tantas otras cosas que parecía imposible que llegaran a ocurrir, de no ser por una paralización dantesca que afectara a toda la humanidad.

El encierro nos permite reencontrarnos con la familia y con nosotros mismos, parar un momento y descansar, nos abre las puertas a cambiar el paradigma de la sociedad, a ser más empáticos, más solidarios, a contemplar por un momento la belleza de la vida y su fragilidad. Logramos entender, en parte, el desarrollo de la vida en cautiverio y las ansias de libertad. Sin duda esto marcará un antes y un después en nuestra forma de pensar y actuar; nuestra existencia como la conocíamos, a mi parecer, ya se ha ido. Que la pandemia del coronavirus dé paso al inicio de una nueva era. El cambio no será de la noche a la mañana, pero nadie olvidará que los que estamos aquí forjaremos ese nuevo camino.

Una pausa en el camino

Dith

Funcionaria, Instituto de Agroindustria

La globalización nos ha permitido viajar por el mundo a lugares recónditos, a los que antiguamente era casi imposible acceder o demandaba mucho tiempo. También nos ha permitido estar en contacto con gente de todo el mundo con solo apretar un botón; sin embargo, hoy nos tiene viviendo la peor pesadilla que pudimos imaginar y que solo habíamos visto en las películas. Un virus que en solo tres meses se propagó por el mundo, un enemigo invisible que nos obligó a confinarnos en nuestras casas, asustados, preocupados, aterrorizados, sin poder visitar a nuestros seres queridos, nos tiene viéndolo en primera fila para saber sobre el número de contagiados, fallecidos y recuperados. ¿Será que la tierra dijo basta? ¿O que Dios se cansó de tanto egoísmo?

Esperemos que este tiempo nos sirva para reflexionar sobre la fragilidad del futuro y lo importante de vivir el presente, de agradecer la solidaridad, la amistad, el amor, el compañerismo y desechar el individualismo, las competencias, la ambición y los egoísmos. Somos una comunidad, estamos aquí para vivir con el otro y ¡vaya que lo hemos aprendido a golpes!, porque hoy más que nunca extrañamos a nuestros padres, hijos, hermanos, sobrinos, amigos, colegas y vecinos.

Lo positivo es que el mundo respiró, por lo menos por algunos meses, y con eso gatilló que algunos descubrieran las prioridades de la vida. Dejar nuestras nimiedades, el consumismo, y valorar nuestras experiencias cotidianas con las personas que están a nuestro lado todos los días y que paradójicamente a veces ni conocemos. Para los que tenemos más de cuarenta años, volver a comer en familia como en nuestra infancia, estar en casa, conversar y cocinar juntos. ¿Quién lo creería? Tener que vivir una pandemia para poder apreciar las cosas simples de la vida.

Ojalá no sea un cambio de prioridades temporal y podamos mantenerlo por mucho tiempo, y nos haga reflexionar sobre nuestra vida y cómo queremos seguir viviéndola. Que el virus traiga algo bueno sobre lo malo que estamos pasando. Re-

flexionemos sobre qué es lo que queremos para este planeta tan alicaído por el trato que el ser humano le ha dado, qué queremos dejarle a nuestra descendencia. Que la esperanza y la fe no nos abandonen, que se hagan más fuertes, que nos reconstruyamos como tantas veces lo hemos hecho y salgamos fortalecidos como comunidad de esta tragedia mundial por la que estamos pasando.

Seamos solidarios, conversemos más, enemistémonos menos, agradezcamos más y quejémonos menos. Hoy es el momento de replantear nuestras actitudes y acciones pensando en el bienestar común. Hoy es el momento de actuar en favor de las personas y el planeta. Hoy, solo hoy, tenemos la oportunidad de detenernos, hacer una pausa en el camino y meditar qué es lo que debemos cambiar para poder tener un futuro más prometedor.

Nostálgico paisaje

Jeanette Cárcamo Muñoz

Funcionaria, Coordinación de Seguridad

Son las 19:30 horas y me aproximo a la entrada por la calle Uruguay para cumplir con mi turno de guardia de seguridad. Han pasado más de diez días desde que se suspendieron las actividades presenciales en la UFRO debido a la pandemia ocasionada por el covid-19. Ya implementadas las medidas de higiene y prevención, emprendo mi camino hacia la base 4-1, ubicada en la calle Candelaria, pero algo llama mi atención en el estacionamiento de Matemática, que recorro con mi vista de extremo a extremo. ¡Claro, no hay ni un solo vehículo!, por esa razón me parece distinto, tan amplio.

Había sido un día muy hermoso, con un cielo completamente azul. Ahora cae la tarde y yo camino lentamente por Jurídica, en el cemento se proyecta mi sombra con un aspecto fantasmal. De pronto noto cuánto ha crecido el pasto y enseguida viene a mi mente el recuerdo de mis amigos jardineros, que siempre estaban con la talla a flor de piel.

Las hojas cubren todo el sector anunciando la llegada del otoño, mientras al otro lado de la calle, el casino Las Araucarias mantiene las sillas arrumadas, y sus ventanas sin cortinas lo muestran desnudo de parloteos y sabores. En las áreas verdes centrales deambulan apacibles pájaros de diversas especies, en completa calma, pues ya no tiembla la tierra con el correr de los jóvenes mapuches practicando palín en el *paliwe*. En la placita todos los bancos lucen huérfanos de planes y risas, incluso aquel, ese ubicado en un punto estratégico, cómplice de los amantes censurados. Asimismo, falta el trájín de los futuros ingenieros civiles, maniobrando sus aparatos de topografía, derrochando alegría y juventud.

En los pasillos, por donde siempre, entre conversaciones y saludos, transitaban académicos y estudiantes, se percibe tal grado de soledad que no puedo dejar de sentirme como una figura más de una fotografía plana y fría. Al doblar por el pabellón de Eléctrica, ruedan por el suelo unos vasos desechables. Más allá, una bolsa plástica

vuela sin destino, la basura se acumula y yo termino mi recorrido extrañando el saludo de mis colegas auxiliares.

Introduzco la llave en la cerradura de mi garita y un sollozo se escapa de mi interior al comprender que somos nosotros, las personas, cada uno en su rol, realizando una pequeña acción, quienes le damos sentido y vida a nuestra universidad. Sin la presencia de las personas, la universidad es solo un nostálgico paisaje.

Relato breve

José Chávez Castillo

Estudiante, Derecho

Este iba a ser mi año, este iba a ser mi año. Me lo repetía una y otra vez mientras sostenía en mis manos el informe médico que pasó del doctor a mi mamá, y que ella con cara de espanto nos dio a nosotros, la familia, que esperábamos en la sala de urgencia. Mi hermana tenía un tumor, uno en el ovario. Y es que no hay paño frío o agüita de poleo que calme esa palabra tan cruel. Salí a respirar mientras mi polola me calmaba diciéndome: «Va a estar bien, va a estar bien», pero el caos era evidente.

En las calles no se vislumbraba persona alguna, solo unos policías pasaban de vez en cuando rondando, debido al toque de queda. Unos perros callejeros se me acercaron, moviendo sus colitas me rogaban por algún pedazo de comida, sus vidas tampoco han sido fáciles, pensé, por lo menos ellos no entienden de pandemias.

En tiempos normales, las salas de urgencias siempre están hacinadas, no es novedad lo que digo. Allí la miseria baila entre los que no tenemos dinero para la salud. Nadie quiere ir a hacer vida social a urgencias. Pero ahora hay un virus que ha transformado la miseria de estos lugares en pesadillas, nadie quiere contraer el covid-19.

Este iba a ser mi año, pero se desencadenó una pandemia y en ese mismo momento a mi hermana le encontraron un tumor. No tengo tiempo para pintar, para leer o escribir. No tengo tiempo de ocio para dedicarlo al estudio de un arte o una ciencia. Tengo preocupación. Porque mientras la pandemia nos encierra, la vida sigue su curso. ¿Qué adjetivo se debe usar para hacer que el caos se transforme en esperanza y la confusión en sabiduría? Me apena ver cómo se considera una cuestión tan importante, ser víctima del coronavirus, desde un punto de vista meramente egoísta. No me da igual.

Bailen, canten, hagan manualidades, dedíquense tiempo a ustedes. No se preocupen. El coronavirus ha mutado y se ha transformado en buena persona.

La nube negra

Bárbara Chávez González

Estudiante, Derecho

Experimentar este momento de emergencia sanitaria mundial como una adulta joven, tras la independización del hogar familiar, es un escenario que nunca pensé en vivir e, incluso, creo que son muchos los que, como yo, hoy nos encontramos en este escenario.

Quiero compartir lo que para mí fue iniciar esta nueva etapa. Con veintitrés años, comencé a participar en el mundo laboral. Mi primer empleo fue en un local de comida rápida en un *mall* de mi ciudad, Temuco. No me sentí intimidada por las experiencias que había escuchado: un trabajo demandante y bajo mucha presión, ya que me consideraba fuerte y segura de mí misma, pero, debo decirlo, tenían mucha razón. Sin embargo, las personas que conformábamos el *staff* éramos jóvenes, alegres y necesitábamos el dinero.

Trabajé cinco meses allí. El último mes todos sucumbieron ante lo desgastantes que eran los gritos y la falta de organización, incluso los nuevos reclutas se retiraban antes de completar el primer día. Necesitaba el trabajo, pero no fue suficiente, yo también renuncié. Estaba agotada, la ausencia de personal me hacía tener que trabajar más horas de las que estaban estipuladas en mi contrato. La vergüenza de no ser una buena estudiante, ya que mi rendimiento había bajado mucho, implicó también que, incluso, me alejara de mi familia. Yo, una persona muy alegre, evitaba reunirme con ellos. Marchaba todo tan mal que mi rostro reflejaba la tristeza y no quería mostrarle ese retroceso a mi familia.

Esta fue la primera vez que afrontaba lo que mi mamá denominaba una nube negra, pero que nunca comprendí hasta caer completamente en ella. Mi cesantía coincidió con el estallido social del 18 de octubre de 2019, que cambió mi perspectiva de lo que quería encontrar en un nuevo empleo. Ya no solo buscaba ingresos, quería algo más, deseaba una calidad de vida mejor. Comprendí que el trabajo era tan importante

como alimentarme, estudiar e incluso distraerme. El trabajo consume gran parte de la vida e influye en nuestras relaciones, ya que el carácter y nuestro ánimo se ven afectados por la vida laboral. También entendí por qué mi papá siempre me decía que estudiara, para que mi trabajo fuera algo que disfrutara, que me apasionara. Y así comprendí que él había realizado un extraordinario esfuerzo por nosotros, llegando a casa todos los días alegre, listo para compartir con su familia, a pesar de lo difícil que podía ser a veces.

Por ambas cosas, el estudio y el trabajo, decidí que cambiaría mi perspectiva de ver las cosas. Me propuse buscar algo mejor y esto me convirtió en una persona más fuerte y más valiente. Volví a reunirme con mi familia. Mis tías, que siempre estuvieron preocupadas por mí, lograron hacerme la pregunta y yo honestamente respondí.

El apoyo de las personas que nos aman es la fuerza más grande que podemos obtener. Fue liberador y tan especial lo que me entregó ese momento que se convirtió en el impulso para mejorar mi vida.

Encontré un empleo maravilloso, con personas fabulosas, curiosamente en el mismo *mall*, pero con una empresa que se preocupa por sus trabajadores. Resulta que, a pesar de estar dos meses sin trabajar, nos pagaron nuestros sueldos, esfuerzo que también realizaron durante el estallido social. Por supuesto, la crisis también los alcanzó a ellos y tuvieron que devolvernos a la realidad que muchos estaban viviendo: la cesantía.

Lo que deseo compartir es que hoy no me siento desesperanzada. El amor de nuestras familias, amigos, incluso excompañeros de trabajo es una fuerza que impide que nos dobleguemos y creo, sinceramente, que esta crisis hará que todos lo recordemos. Porque, a diferencia de vivir bajo una nube negra en soledad, todos sabemos que estamos pasando por momentos difíciles y eso nos hace unirnos, ser valientes y ayudarnos.

Gracias, mamá.

Una saga en desarrollo

Alas Amarillas

Estudiante, Odontología

Mis semanas pasaron a convertirse en tan solo un día de mi existencia y las eternas semanas en las que había aventuras por completar, por imaginar, son meses. No importaba el lugar, la hora, la nacionalidad, las creencias. Éramos vulnerables, unos pequeños seres humanos en un planeta tan sagrado como es la Tierra, un llamado de auxilio, una limpieza de los suelos, de la majestuosa agua que recorre nuestro cuerpo entero.

Como un dominó a punto de caer, solo una pieza bastaba y el ciclo comenzaba nuevamente. La incertidumbre se hacía presente en cada mirada, en cada conversación, en cada hospital, en cada familia, en cada palabra, como una saga de un libro, pero sin segunda parte, sin fecha de estreno próximo.

La incidencia de la enfermedad comenzaba a arruinar la paciencia de una sociedad enamorada de la comunicación, una sociedad amarrada a la rutina, una sociedad esperanzada en sus sueños, que comenzaban a tener fecha de caducidad.

Dolor, angustia y lágrimas en todo el planeta. Han sido más las videollamadas que los abrazos, los «te extraño» reemplazaron a los «nos vemos mañana». Madres heroínas separadas de sus pequeñas hijas e hijos por miedo de afectar su salud; abuelos y abuelas sin poder entregar esa dulzura única de sus abrazos a los nietos, pero también familias inestables, familias que no acostumbran a verse de la mañana a la noche.

Las enfermedades mentales se hicieron más comunes que un café al despertar. Lo virtual carcome cada espacio de nuestro ser, desde la educación hasta la entretenimiento, un mundo creado por nosotros mismos, bastante útil, a decir verdad, pero el calor humano no puede ser reemplazado por circuitos eléctricos. Hubo un cambio en la comunicación, un cambio de aspiraciones, nuevos trabajos y otros deshechos, la alegría comenzó a extinguirse y la tristeza nos invadió a todos. La fe, iluminada por

mentes brillantes del mundo, llegará, sin lugar a duda. Mientras, debemos adaptar nuestra vida y sonreír.

Un largo campamento

Mauricio Díaz Aravena

Funcionario, Dirección de Informática

Cuando nació nuestra primera hija comenzamos a ser una familia de más de dos personas. Aprender a ser padre y madre era nuestro afán. Desde aquel día, y durante todos los años venideros, decidimos que en verano saldríamos a acampar en familia. Primero fuimos tres en una carpa y luego, cuando nació nuestra segunda hija, cuatro. Nunca imaginamos que esa decisión nos sería de tanto valor en el futuro.

La ciudad de Temuco se encuentra en cuarentena total. La región está en cuarentena también. El país entero está en cuarentena. Todo el planeta está en cuarentena por culpa de un virus. Dicen que es parte de una familia particular de virus. Todos conocidos, menos este. La familia se llama coronavirus y este nuevo integrante lleva por nombre SARS-CoV-2. Para prevenir su contagio, la recomendación es simple: no salir de casa. Todo el mundo lo dice: no exponerse y esperar en casa hasta que la pandemia pase. Era lo único que había que hacer. Y parecía muy sencillo, pero no imaginamos lo difícil que sería. Algunos insensatos, creyendo que los demás exageraban en las medidas, salieron irresponsablemente a exponerse. Así aumentó rápidamente el número de contagiados y también el de fallecidos. Por lo visto, para algunos quedarse tranquilos en la casa era un gran esfuerzo, un sacrificio que no pudieron soportar. En las calles se podía ver la pobreza. Pero no aquella que se define por cómo te vistes o cómo te expresas, las posesiones que tienes o en qué barrio vives, sino aquella pobreza que se percibe por los gestos humanos. En algunos, aquella pobreza era miserable.

Como familia, todo lo experimentado durante los veranos que pasamos juntos se convirtió en nuestra riqueza. Aprendimos a colaborar, a modificar nuestra rutina, a atrevernos a hacer cosas distintas, a jugar juntos, a pasear juntos, a comer juntos, a cocinar juntos, a adaptarnos a los nuevos lugares a los que llegábamos, a disfrutar sin tiempo en la playa, a medir el tiempo sin relojes, a estar solos, pero también a estar acompañados. Esa es la riqueza que acumulamos. Yo cocino,

ella cocina, nosotros cocinamos. Nos distribuimos las tareas domésticas sin dejar de atender nuestras responsabilidades personales. Mi esposa y yo hacemos teletrabajo, mientras las hijas estudian en clases virtuales. Hemos hecho esfuerzos por sorprendernos gratamente. Yo hice hallullas y marraquetas. No quedaron bien las primeras, pero las segundas mejoraron bastante. La hija mayor preparó unos faláfeles de garbanzos con una receta árabe que encontró en internet. Le quedaron exquisitos. Lo otro que he hecho todos los días es regalarme un tiempo para disfrutar un libro. Me he dado cuenta de que hacer esto es contagioso. De los buenos contagios.

¿Por qué hay personas a quienes les cuesta tanto superar esta cuarentena? Creo que es porque perdieron la costumbre de estar juntos. Algunos se encierran en sus habitaciones, otros en sus mundos virtuales y otros en sus obsesivos trabajos. Aprecian más estar en otros lugares que en el propio. Los fines de semana no se debe molestar al papá ni a la mamá, porque han tenido una semana agotadora de trabajo, tampoco se debe molestar a los estudiantes, porque estudiar es agotador. Finalmente, el tiempo de cuarentena, que nos da la oportunidad de reafirmar la voluntad de ser familia, lo desperdiciamos intentando huir de ella.

Para nuestra familia este periodo de cuarentena ha parecido un largo campamento de verano. Y he llegado a la conclusión de que lo que nos mantiene unidos en medio de la pandemia es el hecho de haber resuelto una cuestión fundamental: que queremos convivir.

Pequeñas cosas

Josefa Díaz Arriagada
Estudiante, Fonoaudiología

*Quien mira hacia fuera, sueña;
quien mira hacia dentro, despierta.*
Carl Jung

Una barrera de tela que nos permite salvar vidas, pero que a la vez nos recuerda lo que significa dejar de lado las pequeñas cosas que hacíamos «en libertad»: disfrutar un kojak en el camino de vuelta a casa, un abrazo inesperado, compartir un helado en la plaza, mostrar una sonrisa de agrado, hundir la cara en la frazada más cara de la tienda, oler el perfume de una persona al pasar, susurrar un «te quiero» al oído, quedarse después de clases hablando con tus amigos, probar el sándwich de un acompañante o dar un beso.

Quizás sea un buen momento para valorar las pequeñas cosas que nos hacen ser personas. Se dice que uno no valora realmente lo que tiene hasta que lo pierde. Quizás, también sea un buen momento para hacer una pausa y comenzar a reflexionar sobre nosotros mismos y cómo nos comportamos con nuestros cercanos. Quedarse en casa, dejar de estar pendiente del afuera y comenzar a explorar el adentro. Nos sorprenderemos del gran y desconocido universo que hay dentro de cada uno.

Covid-19 2020

F. J. D. R.

Estudiante, Pedagogía en Matemática

Ya han pasado casi dos meses desde que se empezaron a sentir las repercusiones de la pandemia en nuestro país. Los cambios comenzaron con las primeras personas que se aislaron en forma voluntaria, sin que las autoridades aún dijeran nada. Muchos nos encerramos cuando supimos que el virus había llegado a Chile, ya que por diversas razones era mejor aislarse lo más pronto posible, sobre todo si convivíamos con personas delicadas de salud. En cuanto al abastecimiento, esto no significó un gran cambio, ya que los recursos siempre han sido pocos, entonces no hubo mucha diferencia respecto a lo que ya teníamos. Lo que sí cambió fue que dejamos de comprar comida preparada; ahora compramos los ingredientes para prepararla nosotros mismos.

Todo se complicó más cuando aumentó el estrés y la ansiedad por estar tanto tiempo encerrados y por el hecho de saber que estamos obligados a permanecer en esta situación. Entonces comienzan los roces familiares, el ambiente de la casa se torna tenso. Luego, debido al exceso de tiempo libre, al desinterés por las redes sociales y la televisión, y a la no comunicación, en la familia se producen espacios de tiempo en los cuales nos empezamos a autoanalizar, dándonos cuenta de las cosas que no nos gustan de nosotros mismos, cuestionando nuestras vidas y, poco a poco, perdiendo el sentido de todo. Así empiezan las crisis existenciales, pero con el tiempo todo pasa y de a poco aceptamos que la situación no va a cambiar. El tiempo sigue corriendo, al igual que el sistema sigue funcionando y la vida continúa, pero uno no se puede estancar y debe hacer algo para volver a darle ese sentido a la vida que por un momento se perdió.

Con o sin cuarentena, si puedes quedarte en casa, ¡hazlo! Aunque el único deseo que tengamos en estos momentos sea salir, el hecho de desconocer tanto sobre este virus hace que sea mejor no arriesgarse a ser contagiado y contagiar a tus cercanos.

En lo personal, por más joven y saludable que sea, no puedo salir. Podría traer el virus a mi hogar, donde está mi padre que recién salió de una radioterapia y mi hermana, que padece asma. No sé qué pensará el resto, pero yo no podría dormir tranquila al saber que a ellos les puede pasar algo por mi culpa, por haber salido.

Por suerte la UFRO ha sido bien consciente con el tema y ha tomado buenas medidas al respecto, aliviándonos mucho la situación. La verdad es que me alegra poder, por fin, estar en clases (*online*). Mantener la mente ocupada es algo que ayuda bastante, por eso se agradece mucho la gestión de la universidad en esta situación sanitaria. Las facilidades han estado, al igual que la disposición. Pese a la situación que se está viviendo, la UFRO me ha brindado la oportunidad de sentir la emoción de empezar esta nueva etapa: la vida universitaria.

En resumen, al principio fue difícil enfrentar las consecuencias de la pandemia, pero poco a poco se han podido ir superando los inconvenientes. Lo que rescato de esta situación es que, desde mi punto de vista, hayamos dejado de lado el individualismo y vuelto a pensar en el de al lado, apoyándonos entre todos. Hubo un distanciamiento social, pero como sociedad nos hemos unido, agradeciendo y valorando principalmente las acciones de los profesionales de la salud y los servicios básicos públicos.

Pensando durante la pandemia

Nicole Drouilly Yurich

Funcionaria, Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información

Me encuentro en casa con mi pareja. No puedo dejar de pensar. Mi casa, aún no acabada, es muy amplia y está situada en una parcela. No se escucha nada más que el ladrido de mis perros, ni se ve nada más que árboles y pajaritos. Pero pienso en la gente que está en la calle, en las familias en situación precaria y en los que están mejor, pero aún viven en viviendas muy pequeñas.

Pienso en la decisión de hacer clases *online*, ignorando la barrera digital, cuando el cincuenta por ciento de los hogares chilenos no cuenta con conexión a internet. La tele nos impone una visión de Chile y, aunque la evidencia diaria cuestione esa imagen, la mirada hegemónica es invasiva y permea hasta la propia normalidad interna.

En los análisis, los periodistas e invitados de los programas de entretenimiento-noticias, hablan con orgullo del Chile en pandemia. Nos comparamos con Europa y con Latinoamérica para demostrar que estamos mejor. Estas comparaciones son arbitrarias porque datos duros no hay. Los expertos son médicos que nos dicen cómo ponernos las mascarillas. No hay análisis, no hay un destilado de artículos científicos —menos aún entrevistas a estadísticos en epidemiología— que hablen de tendencias o modelos.

Hay tanto que se podría haber aprendido y ciencia que se podría haber divulgado, pero ello significaba respetar al televidente, cambiar a los presentadores y asegurar un estándar básico de expresión verbal, coherencia y objetividad. Nos cuentan que podemos seguir contagiándonos con tranquilidad, ya que quedan camas, pero eso es realismo mágico, sabemos que los hospitales, ya antes de la pandemia, no daban abasto.

Luego del 18 de octubre, Chile vivió momentos extraordinarios, las protestas se masificaron y cuestionaron el corazón del modelo, el Ejército y Carabineros mostraron su verdadera cara y descubrimos que aún estábamos en la transición. La doctrina

de seguridad nacional aún nos define como el enemigo interno, pero ahora estamos de nuevo en la paradoja, donde Carabineros tiene el poder de reprimarnos con la excusa del covid-19. Hasta el toque de queda se ha instaurado, el que no tiene ninguna utilidad comprobable. Este virus nos revela que las estructuras de poder, con el predominio del gran capital, están intactas, pero maquilladas con ideas intangibles e inverificables: democracia, estado de derecho, etc.

Después de esta larga crisis, los pobres serán más pobres, los ricos más ricos, el poder de las FF. AA. y Carabineros se habrá fortalecido. La brecha habrá crecido aún más, entre quienes pudieron continuar su educación *online* en viviendas seguras y abastecidas, y los otros. La violencia de género habrá aumentado fuera de toda escala. Los hogares, con una entrada de dinero informal, no podrán pagar arriendos; se destrozará la protección familiar.

La universidad hace un esfuerzo para ayudar a sus estudiantes. Está instalada la fantasía de que los estudiantes están todo el día en las redes sociales; sin embargo, la mayoría tiene acceso a wifi solo en los campus (sedes), muchos no tienen plan de llamadas, no cuentan con computadores y ni siquiera tienen Word en sus dispositivos. También los profesores experimentan dificultades, no tienen facilidades en sus casas, muchas mujeres deben cuidar a sus hijos, teniendo que hacer clases *online*.

El panorama es desolador, pero podemos resistir. Debemos fortalecer las redes, la familia, los colectivos. Hay que levantar la voz, no permitir que hechos violentos se ignoren, como los ataques a las hortaliceras mapuches, la falta de agua potable en los campamentos, la falta de protección a las personas en situación de calle, etc. Debemos asegurarnos de no validar conductas represivas ni limitaciones a los derechos humanos.

Estamos en nuestras casas, pero no estamos en silencio. Debemos intervenir contra lo que nos parece injusto, para que esta pandemia no nos transforme en sujetos domesticados y obedientes.

El amor en tiempos de pandemia

Dora

Académica, Centro de Gestión y Tecnologías del Agua

Era un día a fines de marzo, en plena cuarentena, cuando comencé a recibir sus mensajes. En una primera instancia era solo para saber cómo me encontraba de ánimo y de salud, ya que las noticias de Temuco estaban en el *peak* de la cobertura nacional y eran poco alentadoras.

Nos habíamos conocido por razones laborales hace unos quince años, pero después de bastante tiempo las conversaciones de trabajo se habían vuelto personales y fue ahí, en ese momento, cuando nació un romance fugaz, corto pero intenso, que se fue difuminando con el tiempo y la distancia. Temuco y Santiago, dos ciudades con más de seiscientos kilómetros de distancia, donde ambos teníamos importantes responsabilidades laborales, por lo que el romance, sin un motivo aparente o que al menos yo recuerde, no prosperó.

Sin embargo, esta pandemia logró reencontrarnos y que comenzáramos nuevamente a hablar; tonteras, al principio y temas generales sobre la contingencia. Al pasar los días, los mensajes fueron aumentando su frecuencia. Había una complicidad y una necesidad de saber más cosas del otro. Ambos habíamos tenido una vida compleja durante estos años sin vernos, con momentos de felicidad, pero también de soledad, y cada uno había tenido distintas relaciones que finalmente habían terminado.

Al pasar las semanas, comenzaron los encuentros virtuales por Zoom, donde pudimos mirarnos a través de una pantalla, en la intimidad de una cita, al más puro estilo romántico, con un poco de vergüenza al principio, pero con el interés y la ilusión del amor más tierno del mundo. Y aquí estamos, esperando el momento para el encuentro personal, con la ansiedad del cara a cara, que por ahora es imposible tener. Puede ser que el cariño o al menos el interés nunca haya muerto; quizás se mantuvo ahí, intacto, dormido y esperando la oportunidad del reencuentro.

Por ahora, desconozco si esto prosperará o simplemente tendrá el mismo futuro de hace quince años. Solo puedo decir que ha sido una buena compañía, que refleja que el cariño y la amistad y quizás, por qué no decirlo, el amor pueden renacer en las situaciones más extremas y complejas. Porque el amor también se toma sus pausas y se da sus tiempos.

Imaginábamos

Bárbara Gil Parada

Funcionaria, Departamento de Ciencias Básicas

El año que vivimos en peligro, así se llama una película de 1982 y nadie hubiera pensado que después de treinta y ocho años, en pleno 2020, ese título sería tan apropiado. Imaginábamos que este año continuaríamos con la lucha tras el estallido social de octubre, pero la madre naturaleza dijo otra cosa, nos sacudió como hace mucho tiempo no lo hacía y de repente nos vimos encarcelados en nuestras propias casas.

Imaginábamos que éramos invencibles, pero el covid-19 llegó y, de una cachetada, nos volvió más mortales que nunca, sin distinción de credo, color, nación o edad y, aunque sacó lo mejor de cada uno, poniendo en práctica la empatía de la que tanto nos jactamos en las mejores campañas de caridad de nuestro país, también sacó lo peor: el irresponsable que muchos llevamos dentro, el egoísta que no es capaz de acatar una orden y quedarse en casa y que, mientras muchos hacemos una cuarentena obligada para evitar aumentar las cifras de contagio, se pasea como si nada pasara, con una indiferencia que aterra.

Imaginábamos que el país funcionaría. Los jefes de familia hacen lo imposible por llevar el pan a sus hogares, los independientes siguen luchando día a día, pero como siempre son los más golpeados, porque las grandes empresas nunca pierden.

La tecnología cobra una importancia que nunca antes se imaginó, se vuelve de una relevancia absoluta, pero se nos olvidaron nuestros adultos mayores; la señora de la esquina que va a comprar al negocio a la vuelta de su casa, que no paga sus cuentas por internet porque desconfía, no sabe, y además no le alcanza la pensión. Medio en serio, medio en broma, se dice que para salvar al mundo tenemos que encerrarnos en casa: una paradoja.

Imaginábamos que acá no pasaría nada, pero, como una ducha de fría realidad, miles de muertos son informados en televisión todos los días. En Chile las cifras son bastante menores que en Europa y en otros países latinoamericanos. La psicosis au-

menta, pero es necesario que así sea, de lo contrario seremos parte de los grandes números de las estadísticas mundiales y duele. Duele ver a la gente en situación de calle, a los niños del Sename que ni durante una pandemia mundial tienen un receso de las aberraciones a las que están expuestos todos los días, a esas mujeres que se ven obligadas a convivir en el encierro con su agresor, a los funcionarios de la salud, víctimas de otro virus tanto o más agresivo que el covid-19, la ignorancia. Y así la lista es larga. Duele ver que no vemos el dolor del otro.

Imaginábamos que esto sería un mal rato y nada más, pero después de casi dos meses de esta creciente incertidumbre anhelamos el fin y, durante las horas del insomnio que nos llegó a muchos, analizamos todo aquello que en otro momento era solo circunstancial. Comenzamos a decir más «te quiero», a desear ese abrazo que omitimos dando por hecho el cariño del otro. Las juntas familiares nunca fueron tan anheladas como ahora. Estamos aprendiendo a valorar los afectos de verdad y a reconocer a los que valen la pena. Si algo rescato de esta pesadilla es que la sacudida estrepitosa que nos dio nos hizo volver a lo simple. A disfrutar lo que siempre hemos tenido y nunca hemos aprovechado; abrir los ojos por la mañana, el sonido del día y la calma de la noche, las cosas sencillas de la vida.

El 2020 no será solo un año más.

De nuestra ausencia colectiva

M. G. M.

Académico, Departamento de Matemática y Estadística

Tal vez no sea una opción sensata parafrasear artistas políticamente incorrectos al comenzar un ensayo, sin embargo, esta «ausencia colectiva» es precisamente la fuente de mayor sufrimiento para algunos. Si bien el Chile contemporáneo es un constructo social que se caracteriza por el individualismo y la competencia desmedida, siguiendo el más puro estilo de una escuela de Chicago, son precisamente las calamidades naturales las que suelen sacar lo mejor de nuestro pueblo, según nos han enseñado nuestros buenos abuelos inmediatos. ¿Qué es lo mejor que nuestra exigua conciencia social puede sacar a relucir, si esta calamidad nos pide que estemos encerrados? Paradójicamente, el comportamiento socialmente responsable hoy en día es aislarse de la sociedad. Ascetas por obligación, ermitaños del covid, santos Jerónimos con *smartphones*.

Personalmente, siempre he sentido desazón al ver la universidad desprovista de estudiantes durante los periodos de receso. Son precisamente nuestras y nuestros estudiantes quienes hacen de nuestra institución una universidad y no un instituto de investigación, del mismo modo que nuestra investigación hace que no seamos simplemente un centro educativo. Escuchar la bulla y presenciar el desorden de la juventud, llamada a subvertir expectativas y cambiar el mundo, es mi principal motivación: poco me importa que finalmente casi ninguno de mis estudiantes subvierta ninguna expectativa ni cambie el mundo. Es su potencial lo que mueve mis engranajes intelectuales.

¿Es lo mismo hacer clases a través de alguna aplicación computacional? Obviamente que no. Extraño la suciedad de mis manos después de estar rayando la pizarra con diagramas y cálculos de dudosa estética, hablando dos horas sin cansancio, frecuentemente de matemáticas y, más a menudo, de historias y anécdotas inconexas. Extraño llenar mi cabeza de la vida de mis estudiantes con datos tal vez

irrelevantes para algunos, pero fundamentales para mí (a qué liceo fueron, quién cuida de su abuelita, etc.). Soy investigador en el verano, de noche y consumiendo cantidades irracionales de café, pero soy «el profe» en el invierno, de día y también consumiendo cantidades irracionales de café.

¿Cuándo vendremos?, sería la pregunta obvia que comenzaría el coro un poco cursi de esta paráfrasis. En otras palabras, ¿en qué momento esta normalidad de ausencia será un mal recuerdo? No siendo un ser de poesía, recuerdo el «Contacto externo» de Huidobro, con sus «ojos de plaza pública, silencio y desierto». Las últimas frases de ese poema me levantan un poco el ánimo en esta época de incertidumbre: «Hay que saltar del corazón al mundo / Hay que construir un poco de infinito para el hombre». Con un mínimo de matemática básica podemos fácilmente entender que no hay nada menos infinito que la ausencia y es precisamente eso lo que ahora abunda.

Quienes no tenemos obligaciones más que las académicas, bien por decisión personal o por circunstancias de la vida, podemos darnos el lujo de observar el mundo y meditar si nos gusta o no hacia donde va. Estas supuestas alturas de la «torre de marfil» rara vez mitigan la necesidad terrena de entropía y de falta de control. La sensación de seguridad escolástica del mundo de las ideas jamás debiera atreverse a darle la mano a la adrenalina del mundo de las sensaciones. ¡Pecado platónico! Y, sin embargo, acá estoy, frente al computador como todos los días (todo el día), con las manos limpias de plumón, con nostalgia de contarles chistes a colegas y estudiantes, sin mis libros y consumiendo cantidades irracionales de café. No todo tiene por qué cambiar.

El espectáculo de ver bandurrias

C. G. S.

Académica, Ingeniería Comercial

En confinamiento miro por las ventanas de mi casa hacia el exterior. En mi jardín y en la calle veo ibis todo el tiempo. Llevamos muchos días encerrados en casa, viendo llegar el otoño a nuestra puerta.

Las bandurrias son un tipo de ibis menos elegante que los retratados por Degas, pero también único. Las bandurrias son pájaros de gran tamaño, de plumaje oscuro y tornasolado en las alas y el cuerpo. Su cabeza y su pecho son amarillo pardo. Sus ojos y patas son fucsia. Siempre están en paz, nunca están solas, andan al menos de a dos ejemplares uno cerca del otro. Realizan una danza lenta en busca de alimento, con zancadas graciosas y miradas de reojo. No atacan a nadie, no se verá nunca una pelea de bandurrias. Construyen colonias y nidos en los pinos del campo y también de la ciudad. Cuidan a sus pollos en lo alto hasta que crecen, por eso nunca se ven. Con sus tremendos picos encorvados rompen las bolsas de basura quirúrgicamente. No ensucian luego tampoco. Cantan todo el tiempo como una asustasuegra y se contestan unas a otras, pero nunca se interrumpen. Cuando vuelan, pasan cantando. Su vuelo es un planeo majestuoso a pesar de ser pesadas como un pavo.

La primera vez que vi una bandurria o dos fue la mañana en que salí a la puerta de mi casa, después de mudarme a esta ciudad. Inmediatamente comencé a sacarles fotos, a acercarme y a rodearlas como si estuviera en un safari. Luego comprendí lo vergonzoso de mi asombro, porque a nadie más le llaman la atención estos seres invisibles. Las bandurrias solo pueden sorprender a un extranjero no advertido de la insignificancia y vulgaridad de este, para mí, original, bello, afable, digno y taciturno animal.

Aun así, me siento muy afortunada de que esta estirpe de ibis sea el símbolo de la institución para la que trabajo y eso me recuerda cuánto extraño volver a verlas desde el ventanal de mi oficina.

Los héroes de la medianoche

Ani Lorca

Estudiante, Medicina

Hoy es un día que ya no tiene número ni mes. Trato de dormirme, pero un estruendo que viene de la calle me aleja de mis planes. Algo enorme hace ruido, se va acercando y llama mi curiosidad. Me incorporo de la cama, abriendo la cortina para observar qué está avanzando por el pasaje. Lo primero que veo son unas luces rojas parpadeantes que se pierden entre la neblina que la medianoche ha dejado caer. Luego los veo: el carro de bomberos junto a un voluntario sosteniendo una manguera que lanza desinfectante a la calle. Quedo estupefacta mientras me baña la realidad con sus frías aguas y soy consciente de la palabra PANDEMIA con todas sus vocales y consonantes.

El frío eriza la piel de mis brazos y mi cuello expuestos al viento que llega desde la ventana trizada de mi cuarto. ¿Ese hombre voluntariamente está sobre un carro de bomberos, a la 1 a. m., para sanitizar las calles de mi pueblo? Luego me sobreviene un sentimiento de rabia, rabia e impotencia al pensar que, unas horas después, jóvenes inconscientes saldrán de sus casas, recorrerán estas calles inundándolas con sus risotadas y disfrutarán sentarse en los bancos de la placita de la población, tirando por la borda el esfuerzo de estos hombres que en la madrugada aportaron a mitigar el peligro de contagio del temido virus.

El sonido va alejándose, las luces ya no son visibles y solo queda la niebla en la calle. Me arropo con las frazadas de la cama y trato de olvidar lo que vi. Olvidar que la gente se está muriendo, que llevo semanas sin salir, que tengo miedo por mi familia, por mis amigos, que no sé cuándo voy a poder volver a estudiar con «normalidad»; si es que vuelve a haber algo normal. No sé cómo logro dormirme, pero las pesadillas que desde hace un mes me acompañan no se ausentan esta noche. Quizás esta sea mi nueva «normalidad».

Historia en cuarentena

Sandra Henríquez Vallejos

Académica, Departamento de Especialidades Médicas

Ese día cerré la puerta tras de mí, como siempre, como cada vez que lo hacía al entrar a casa, sin sospechar que al día siguiente todo sería distinto. Al otro día, primer fallecido y cuarentena.

Mis padres en su casa. No los veía hace una semana debido a mi idea genial de protegerlos y no acercarme mucho por si algo pasaba con lo de mi trabajo en el hospital. De hecho, no recuerdo cuándo fue el último día en que les di un abrazo y un beso. Cuando decidí eso, nunca sospeché que pasaría tanto tiempo o que este iba a ser tan doloroso. Ahora para verlos o hablarles, siempre una pantalla de por medio o la fría reja de su cerco.

La semana pasada tuve que mandar a hacer unos medicamentos para ellos y hoy, que ya estaban listos, fui a la farmacia y luego a su casa a dejárselos. Mi madre salió a recibirme y traía consigo las llaves para abrir el portón. Yo le dije que no era necesario, puesto que no podía entrar. A través de la reja le entregué la bolsa, la miré y ella se puso a llorar sin perder la tranquilidad. Yo no pude contenerme y también lloré. Mis lágrimas humedecieron la mascarilla, mi respiración era dificultosa y solo pude decir: «Mami, si hubiese sabido que no te podría abrazar en tanto tiempo lo hubiera hecho más». Ella me respondió: «Yo igual». Ambas lloramos en silencio, sin poder tocarnos ni abrazarnos.

Mi padre, sentado en su sillón favorito junto a la ventana, abrió la cortina y nos miró, primero a mí y luego a mi madre, y comprendió lo que pasaba. No salió. Seguramente se quedó ahí dando lugar a esa triste reunión y masticando a solas su rabia e impotencia. Me volví a casa con una angustia y deseos de gritar inmensos. Qué rabia tenía. ¡Maldita reja, maldita distancia social, maldito virus! Solo mi auto me escuchó y sintió mi infinita pena. Pero luego, más tranquila, di gracias a Dios porque los tengo sanos, acompañándose y cuidándose entre sí. Tengo que ser fuerte por ellos, por mi esposo y por mis hijos.

Más tarde, mientras preparaba el almuerzo y dejaba en un balde los desechos para el compost, decidí tirar también mi rabia, mi pena y mi desesperanza. Ahí van, junto con las cáscaras y verduras a la tierra. Que se queden ahí, que se queden ahí, bajo la tierra.

Me levanto una vez más, como siempre, como toda mi gente, con la vista al frente y con la fuerza que tantas veces nos ha hecho levantarnos y salir adelante. Hoy la tarde tiene nuevos colores y olores, y seguro mañana será mejor aún.

Una nueva modalidad de educación

Jessica Herrera Glausser

Estudiante, Magíster en Educación, Mención Evaluación Educacional

Soy músico de profesión y estudiante del Magíster en Educación de la UFRO, donde me encuentro terminando la tesis. Trabajo dando clases de violín en un colegio y también tengo estudiantes particulares, a quienes les hago clases yendo a sus domicilios.

Como gran parte del país, desde el comienzo de la pandemia tuve que disponerme a preparar mis clases en modalidad *online*. Comencé muy motivada por este nuevo desafío, tranquila y feliz, pues confiaba en mis conocimientos de tecnología. Empecé a indagar en internet para escoger las mejores plataformas y, respecto a cómo hacer las clases, pensé en dos posibilidades: darlas *online* a través de una videollamada o hacerlas a través del intercambio de videos por WhatsApp y colgando materiales y tareas en Google Classroom. Finalmente, decidí mezclar ambas alternativas, aunque dispuesta a modificarlas y adecuarlas de acuerdo con los avances que fuesen presentando los estudiantes.

Para la planeación didáctica, después de observar las primeras experiencias, concluí que sería mucho mejor analizar cada clase antes y después de hacerla, para así poder examinar los resultados de cada una en relación con el objetivo previamente planteado. Dicho de otra forma, podría reducir este proceso a una dinámica de «ensayo y error». Pero comencé a experimentar un gran estrés, porque dicho análisis empezó a consumir más tiempo del que pensé, por lo que opté por realizar esta tarea solo un día al terminar la semana.

Empecé, entonces, a colgar material en Google Classroom y a recibir tareas hechas por videos de WhatsApp. Por otra parte, comenzó un bombardeo de correos electrónicos desde el colegio donde trabajo, con información sobre el covid-19 y sobre plataformas y metodologías para trabajar de manera *online*. La cantidad de información que recibí empezó a confundirme y agobiarme, pues noté que muchas veces

los materiales y contenidos no tenían un respaldo válido en términos científicos ni académicos.

Por otro lado, me di cuenta de que estaba utilizando mal el Google Classroom. También comencé a utilizar la plataforma Zoom, donde muchas veces quise iniciar una clase y no resultó. No niego que probablemente mi falta de conocimiento fue la razón por la cual no tuve una buena experiencia; sin embargo, decidí descartarla y cambiarla por Skype.

Paralelamente, seguí trabajando en mi tesis de magíster, escribiendo sobre temas de didáctica general. Me sentí mal por haber empezado a dar clases *online* súbitamente, sin antes haber considerado el fenómeno de transposición didáctica, y me cuestioné cuántos profesores habrían hecho un análisis de la didáctica de sus clases en la nueva modalidad. Les pregunté a otros profesores y estudiantes de Pedagogía por sus experiencias en la preparación de clases *online* y lo más habitual fue que hablaran con mucho entusiasmo de las actividades que realizan, pero nunca respondiendo a mi pregunta. Fue ahí cuando me di cuenta de que no soy la única navegando en aguas desconocidas.

El cambio súbito de modalidad de clases, para estudiantes, profesores y apoderados, ha sido un fenómeno al que nos vimos enfrentados por obligación. Un aspecto que rescato de esta experiencia es que todo el contexto educativo ha debido adaptarse y aprender, sobre todo desde los errores y, a partir de ello, reflexionar y conversar en torno a temas fundamentales para la educación (como la tecnología y la diversidad), para así generar nuevos conocimientos que se ajusten a los contextos actuales.

Amor en tiempos de coronavirus

D. A. J.

Estudiante, Ingeniería Comercial

Era un domingo como cualquiera. La había pasado a buscar a su casa para salir. Estuvimos juntos toda la tarde sin pensar en lo que pasaría. Llegué a mi casa después de esa maravillosa tarde creyendo que todo era perfecto —siempre lo es cuando estoy con ella—. Le dije por mensaje que había llegado bien. Mañana comenzaría mi práctica controlada, la última etapa antes de titularme. Todo parecía normal, le mandé un mensaje de buenas noches junto a un corazón. Al día siguiente, mientras me vestía de ejecutivo para mi primer día, veo en las noticias un aviso urgente: comienza la cuarentena obligatoria. Dicen que el virus es inminente y piden no tener contacto, pues se propaga con el tacto.

Desde entonces, llevo tiempo amaneciendo a su lado y, con esta situación que nos tiene a todos encerrados, me convencí de algo: que mientras otros apenas se aguantan, nosotros, cada día que pasa, más nos enamoramos. No hay nadie más en el mundo con quien quisiera vivir el amor en esta cuarentena. Vivimos aventuras en los muebles de la sala, una cita en el comedor, en las noches vemos películas o viajamos donde sea con nuestra imaginación, observando en el cielo las estrellas y pidiéndoles deseos.

«Cierra los ojos», le digo, mientras observa su teléfono. «Sé que es complicada esta situación, pero te estoy esperando. Cuando todo esto pase, seremos tú y yo de la mano en verano, con todo el mundo a nuestros pies». Cada día me estoy encantando más de ella y de esta situación, aunque no la pueda ver. Esta cuarentena nos vino a enseñar que no siempre valoramos lo que la vida nos da. En mi caso, cuando todo termine, nada me va a separar de ella. Seremos eternos.

Una nueva enseñanza

Julio Lagos Sandoval

Estudiante, Internado de Enfermería

En ciertas ocasiones, mientras caminas, observas aquel mundo extraño que te rodea, sus colores y esencias. La perfección sale a la luz al descubrir que cada pequeña parte que lo compone tiene una razón de ser para mantener un equilibrio y que todas puedan subsistir tomadas de la mano.

Frente a aquella escena, parecemos simples seres frágiles e insignificantes que fácilmente podemos perecer y que, de cierto modo, ayudamos a mantener tan glorioso equilibrio. Pese a ello, nos aislamos de todos, creyendo que somos autosuficientes, renegando de cada uno de los elementos que conforman la naturaleza y tomando todo lo que está a nuestro alcance. Junto con ello, un problema primordial asoma bruscamente destruyendo parte de nuestra propia esperanza; por más que intentemos evitarlo, aún tenemos una mirada de indiferencia hacia nuestra propia especie y cedemos nuestra humanidad con el fin de obtener todo aquello que nos haga aparentar una fuente de poder por sobre todas las cosas.

Pero cuando somos corrompidos por la envidia frente a los poderosos o por la indiferencia ante los desvalidos, el mundo se encarga de enviar una enseñanza que nos recuerda que, por más riquezas y poder que puedas obtener con tu individualidad, seguimos siendo arenilla flotando en el viento, que viaja sin un rumbo hacia lugares desconocidos.

Hoy por hoy, a esa enseñanza la llamamos covid-19. Nuestro planeta vio como uno de sus hijos caía en un error y lo reprendió al igual que un padre o una madre al ver que sus hijos toman una decisión equivocada. Y aquella inmadurez que nos hacía mirar con recelo a nuestros padres, por habernos lastimado sin motivo, se refleja en la actualidad cuando el egoísmo nos hace creer que somos víctimas del sufrimiento o la muerte de nuestros seres amados y que aquella lección es un acto injusto y cruel del destino o de Dios.

Esa sensación de rencor se mantiene constante y, de algún modo, nos ciega del resto, como con nuestros hermanos, cuando creemos que nuestro castigo fue mayor que el suyo, nos vuelve insensibles ante el sufrimiento ajeno.

Sin embargo, maduramos, comenzamos a entender que aquella enseñanza no buscaba causarnos molestia, sino hacer que descubriéramos que caíamos en un error. Del mismo modo, el mundo al cual odiábamos por causarnos sufrimiento nos recuerda que antes que todo somos humanos, que coexistimos en un ambiente luchando codo a codo con los talentos y fortalezas que cada uno de nosotros puede entregar a quien tiene al lado.

Debemos ser fuertes, estar unidos, y de este modo hacer que todo lo que estamos viviendo gracias a esta pandemia tenga un significado, para que cuando llegue a su fin veamos al mundo de la misma manera en que observamos a nuestros padres, quienes a pesar de conocer cada uno de nuestros defectos lograron sacar a la luz, con enseñanzas y sermones, aquellos talentos que ya no vuelan sin rumbo, sino que se aferran con fuerza junto a los de los demás, para sobrellevar esta adversidad.

Podremos ser frágiles e insignificantes, viviendo en un ambiente hostil y siniestro, pero hoy el mundo nos vuelve a enseñar que cada pequeño grano de arena que antes volaba sin rumbo ahora hace frente al océano y su majestuosidad, acompañado de los otros.

En espera

Camila Lobos Arriagada
Estudiante, Trabajo Social

Muchos ya han olvidado la cuenta de los días en encierro, pero otros la recuerdan día tras día con nostalgia, angustia, ansiedad y una invasión de emociones, sentimientos y pensamientos que calan hasta los huesos. Muchos anhelan estar al lado de quienes quieren y muchos desean estar lejos de aquellos que hieren; no todos tienen la misma realidad, no todos son amados y respetados, muchos son vulnerados y maltratados. En estos instantes, algunos ríen a carcajadas y otros fingen sonrisas y a escondidas lloran en sus almohadas.

En estos días de invierno entrante, muchos buscan cómo salir adelante, algunos sin pan, pero siendo perseverantes deciden seguir caminando, acompañados por las incertidumbres de un destino abrumante, no permiten que su espíritu deje de ser el palpitante.

Infinitos cuestionamientos surgen en estos tiempos, extraviados recuerdos se han vuelto anhelos, muchos contemplan aquellas fotografías olvidadas en el buró, donde sus protagonistas plasmaban una despampanante sonrisa en tiempos en que no había prisa por vivir, por sentir. Los viajeros recostados miran hacia el horizonte entre las nubes y el monte; los artistas y los músicos dibujan en la melodía del silencio y componen sus canciones y pasiones al son del do, re, mi, fa, sol, la, si, do, y los amantes se entrelazan entre el amanecer, el sol y las brasas.

Cuando la libertad sea nuestra acompañante de un nuevo despertar, podremos apreciar aquello que tanto hemos extrañado: viajes, el paseo en el parque, la brisa del aire de mar y sus atardeceres, los besos, los abrazos, las caricias, las sonrisas de quienes amamos. Aprenderemos a apreciar sin pedir nada a cambio, aprenderemos a respetar, aprenderemos a volver a mirar a los ojos, a apreciar lo sencillo, aquello fugaz que para estos tiempos se ha convertido en la eternidad.

El sonido solapado del covid-19 en Temuco

Raúl Abilio Mabasso

Estudiante, Magíster en Estudio y Desarrollo de la Familia

Después de la carnicería en la ciudad natal del covid-19, Wuhan, en China, que se extendió implacablemente a través de las fronteras de Italia, España y EE. UU., quitando la vida a los que vitoreaban el precioso oxígeno, nadie podía predecir el día, la hora ni el lugar, pero todos vivíamos aterrorizados y desanimados, pues éramos conscientes de nuestra vulnerabilidad; tarde o temprano también seríamos víctimas de esta maldición viral del siglo XXI.

Pronto, en la víspera de un martes, a finales de febrero, un descarado caso positivo se confirmó en suelo chileno. Nuestras mentes están alienadas, la pandemia está ganando su prominencia en la televisión inteligente, las redes sociales, los periódicos y las noticias.

Entre las comunas de la Araucanía, la pandemia instala su terror en la capital regional. Nadie se atreve a caminar por las calles de la ciudad. La estruendosa campana del silencio y el aislamiento social señala a todos los grupos etarios. Al amanecer, solo nos queda la serenata de los lirios del campo para calmar nuestras emociones diluidas en la melancolía, la ansiedad, la depresión, la hiperactividad.

Las noches son aterradoras. El sonido del terremoto o del volcán ya no genera pánico en la vecindad, porque el peligro se encuentra más cerca de nuestras casas. Esto es más delirante que el manicomio, tan agobiante que ahoga nuestra respiración. Además, todos los días somos bombardeados con la misma información en las pantallas de nuestros *smartphones*: «Quédese en casa. Quédese en casa. Quédese en casa».

El mundo está aturdido, las ventanas del cielo han bloqueado nuestras súplicas. ¿Quién nos salvará de esta catástrofe viral? ¿Seremos útiles para el nuevo mundo? Son estas preguntas las que agitan mi mente mientras estoy de pie, al borde de mi ventana, observando cuidadosamente la vista de la naturaleza que me ofrece el cementerio contiguo, entre avenida Las Encinas y los callejones del Gran Bosque.

Este es el momento de reflexionar sobre el destino de la humanidad. La orquesta que canta hoy es mortal. Podemos incluso tratar de cubrir el sol con el tamiz, pero la realidad por la que estamos pasando es abrumadora. Sin embargo, esta no es la peor enfermedad. Ahora entiendo que las redes sociales, Netflix, YouTube, etcétera, no son capaces de reemplazar la convivencia real entre personas. Hoy entiendo que ninguna máquina, por muy sofisticada que sea, es capaz de sustituir el poder del abrazo, de la interacción social, de la comunión con mis semejantes. El mundo que dejé hace meses para ser confinado en esta cuarentena ciertamente no es el mismo, muchas cosas ahí fuera se están reconfigurando. Tendré que estar listo para adaptarme a las transformaciones que han ocurrido durante este silencio social. Es en este momento que necesito reinventarme en mi habitación para un nuevo mundo que no conozco. Seguramente mi visión de la humanidad y la naturaleza se ampliará.

Sin importar las explicaciones que la sociedad le otorgue a este virus, ya sea de naturaleza biotecnológica, negocio de las grandes potencias para enriquecerse, maldición divina o virus apocalíptico, nadie está listo para morir y nadie está dispuesto a enterrar a otros. Estamos pasando por una metamorfosis obligatoria que abruma nuestras emociones. Tal vez las personas que sobrevivan a esta pandemia sirvan para reeducar sobre la importancia de la libertad y de apreciar cada minuto, ya que te das cuenta de que con el chasquido de los dedos la vida puede desaparecer.

¿Qué está primero: la economía o la salud?

Jimena Maiz Sáenz-Villarreal

Académica, Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación

«En tiempos de coronavirus, puedo ver que la biología se pasa por la faja a la economía y se ríe del narcisismo humano». Así profesaba un amigo en su Facebook cuando decretaron la cuarentena obligatoria en Temuco. Estaba todo recién comenzando... ¿Hasta dónde llegará? El juego electrónico Plague Inc. con que se entretiene mi sobrina en su celular me hacía presagiar lo peor. En mi encierro en familia estas ideas invadieron mi mente. Lo que estamos viviendo es de envergadura, me repetía. Por primera vez en la historia humana una epidemia nos está amenazando a nivel mundial. Nunca, desde que se instaló el neoliberalismo económico, algo lo había puesto en jaque como ahora, y se trata ni más ni menos que de la biología y no de la bomba atómica.

Esto me hizo reflexionar sobre las que parecieran ser las preguntas existenciales del siglo XXI: ¿De qué sirve que las empresas, instituciones o cualquiera tenga recursos si no hay personas? ¿Quién está al servicio de quién, el hombre del dinero o el dinero del hombre? ¿Qué es mejor, poner en riesgo la economía o la vida de las personas? Ante esta interrogante, la respuesta fue taxativa: ¡Obvio que la vida es lo más importante! Probablemente hasta un niño se daría cuenta, medité. ¿De qué sirve el dinero si no para que las personas lo usen? ¿De qué sirve el sistema si no para que los hombres se organicen?

Sin darnos cuenta el capitalismo avanzado nos ha instrumentalizado. Y esto ha ocurrido porque estamos embriagados por el consumismo y las ansias de poder, en una era en la que hay que tener para ser. A eso alude eso del «narcisismo», pensé. «No, no podemos parar porque la economía va a tambalear y ahí no hay quién se salve» (anónimos, 2020), rebatían. No será así, concluí, si las personas nos ponemos de acuerdo y actuamos bajo el principio de la solidaridad y el bien común.

Ojalá esta experiencia nos permita darnos cuenta y logremos invertir la relación patológica en la que hemos caído para con el dinero o, de lo contrario, seguiremos en escalada hacia un nuevo tipo de esclavitud.

Covid-19 y los privilegios inesperados

Martina Martínez Cid

Estudiante, Ingeniería Civil en Biotecnología

Curarrehue es un pueblo pequeño, ubicado en la encantadora y sufrida región de la Araucanía, entre cerros rocosos y bosques milenarios, vecino del Trancura, un río despreciado y ensuciado por sus propios habitantes, que no hace muchos años dejaba en jaque nuestra conectividad con el resto del territorio, pero que hoy transporta nuestros desechos y con el tiempo ha apaciguado sus desbordes en invierno. Este es mi pueblo, donde crecí. Nuestra relación ha sido agridulce, como la chicha madura.

En mi infancia disfrutaba de los espacios abiertos para recolectar lo que se daba en esta fecha, de la plaza pequeña pero con identidad y de mi pequeño colegio, que, con carencias y todo, me formó. Luego pasaron los años y con ellos llegó la adolescencia, etapa en que las personas somos expertas en odiar todo. Fue entonces cuando quise irme, cansada de vivir en un lugar tan aburrido, con tan poca gente entretenida y con tanta lluvia. Hasta que por fin me fui.

Hoy siento que no puedo ser más afortunada de haber crecido y de tener a mi familia en este lugar. Cuando todo esto comenzó y todavía se veía muy lejano, pensaba: ¿cómo va a llegar hasta acá? Seguro los grandes países lo solucionarán pronto, pero no fue así. Los humanos nos ponemos en un pedestal y no nos gusta bajarnos de ahí; pronto la vida se encargaría de hacerlo. El día que se detectó el primer caso de covid-19 en Curarrehue fue el mismo que llegué escapando desde Temuco. Imaginarán mi sorpresa, parecía que me estaba persiguiendo. Ese día, la conmoción se apoderó de todos. Una mujer que trabajaba en una casa en Pucón se contagió gracias a sus jefes cuicos.

Esta mujer utilizó nuestro colapsado transporte público varios días, con los síntomas característicos de este bicho maldito, pero no hizo caso y siguió con su rutina normal. Solo cuando ya no pudo soportarlo más, decidió acudir al consultorio de nuestra comuna y lo demás ya es historia. Durante cada mañana, los muchos esforzados trabajadores

de este pueblo emprenden un viaje que no está exento de complicaciones, el hacinamiento producido dentro de los buses es una constante, todos hemos pasado por eso y en todos estos años nada ha cambiado. Se podía dar por hecho que esta mujer había contagiado prácticamente a todo el bus, trasladándose una semana entera con diferentes personas, por cuarenta minutos. Era una ecuación fácil y que dejaba un solo resultado: muchos contagios en nuestro pueblo.

La situación nos cayó como un balde de agua fría. Para mí, en lo personal, despertó los miedos más profundos de mi corazón, ya que por varios días mi madre también viajó en ese bus. Solo quedaba esperar, una espera infinita durante la cual caminábamos desconfiados dentro de nuestra propia casa. Pero los días pasaron, incluso las semanas y nadie acudía a la posta, parecía mentira, un milagro. ¿Cómo era posible? Pasaron dos meses y los únicos tres casos conocidos que hubo fueron personas que llegaron desde otras ciudades.

Todos nos preguntábamos cómo habíamos tenido tanta suerte, cómo ninguna de esas personas que habían compartido con esa mujer había contraído el virus y, por ende, iniciado un foco de contagio. Parecía mentira, pero así fue. Hoy reafirmo mi amor por este pueblo y el privilegio que me ha dado: poder vivir este momento histórico en paz, con restricciones, pero pudiendo disfrutar de la naturaleza y la sencillez. Esto no tiene precio. Siempre creí que Curarrehue era un lugar especial, hoy lo compruebo y me siento privilegiada.

Paciencia

Lector errante
Estudiante, Derecho

Estar lejos de ti me hace extrañar cada gesto, cada mirada, caminar de la mano esos días eternos de verano, que terminaban con un abrazo sanador y, al volver a casa juntos, disfrutar aún del sol y una once al atardecer.

Me había acostumbrado a escuchar tu dulce voz, sentir tus brazos rodear mi cuello y poder acariciar tus pies con los míos cada mañana. Cuando sucede lo inesperado siempre nos arrepentimos de algo y, en mi caso, me arrepiento de no haberte abrazado por más tiempo la última vez que te vi, de no haberte acariciado más el pelo, de no haberte llevado más desayunos a la cama, pero todo eso no sucederá de nuevo, no sé hasta cuándo.

Debemos ser fuertes y resistir. Aguantaré el tiempo que sea necesario hasta que todo vuelva a la normalidad, hasta que todo sea otra vez como antes, hasta que pueda volver a cantarte en las mañanas, hasta que podamos volver a nuestras caminatas, con las conversaciones absurdas de por medio, pero, al mismo tiempo, las más especiales. El cariño que te tengo es indescriptible, cada segundo te extraño más que el anterior, pero debemos seguir alejados por un bien mayor, el de todos.

El amor hacia una persona te hace sacrificar muchas cosas y, en este caso, debemos sacrificar tiempo para poder volver a juntar nuestras almas en la forma de un sereno abrazo. Esperaré pacientemente para volver a ver tu hermosa sonrisa.

Mi futuro pendiente de un hilo

Camila Muñoz Neculpán
Estudiante, Trabajo Social

El 16 de marzo de 2020, el covid-19 ya causaba pánico y estragos entre los primeros contagiados en Chile. Ese día, muy temprano, inicié mi práctica profesional en el Hospital Regional de Temuco, donde la primera tarea fue hacer fila para recibir la vacuna de la influenza. Al finalizar la jornada, llamaron a mi supervisora desde la universidad, la práctica se había pospuesto hasta fin de mes. Los días posteriores fueron confusos, había un poco de esperanza en mi interior, ¿será que a fin de mes se resuelve todo? Pobre alma inocente. El 30 de marzo la práctica fue pospuesta hasta mayo. De ahí en adelante se hizo famoso el teletrabajo, conversar por Zoom o Meet parecía la solución. En mi caso, una tortura. Jamás había participado de una videoconferencia y la primera vez que lo hice tenía el micrófono desactivado y cuando fue mi turno de hablar abandoné la reunión porque creía que la única forma de encenderlo era hacerlo antes de unirse, no sabía que tocando la pantalla se resolvía fácilmente.

El mes de abril fue una pausa en mi vida, me resigné a la espera del lejano e incierto mayo para retomar mi ansiada práctica profesional. La frustración aumentó silenciosamente. Durante varias noches de desvelo recordé que durante el verano me imaginaba dando mi examen de grado en un día soleado de diciembre, finalizando mi proceso universitario con total normalidad. Supongo que me deprimí un poco, sobre todo porque el 9 de abril se postergaron las prácticas hasta agosto. La salud es primero, me repito hasta la actualidad.

Para el 21 de abril, había más de diez mil casos confirmados de covid-19 en el país y la región de la Araucanía era una de las más críticas. Ese mismo día por la tarde, las cosas cambiaron para mí. La directora de carrera me llamó para ser su ayudante en una asignatura del primer bloque. Acepté. Por alguna razón necesitaba una responsabilidad inmediata, volver a sentir estrés, a pesar de que el año anterior había tenido

ataques de ansiedad durante los fines de semestre. En fin, nuevamente tocó esperar hasta mayo, pues las clases se iniciaban el día 4 de ese mes.

Ser ayudante en este contexto ha sido una experiencia extraña. Ver cátedras a través de una pantalla me resulta raro, hasta incómodo, principalmente porque sabes que los estudiantes están ahí, viendo y escuchando, pero la mayoría acostumbra a desactivar la cámara y es como si no estuvieran, como si los profesores le hablaran a la nada. En lo personal, creo que las clases presenciales tienen una esencia que la tecnología no ha alcanzado aún, porque ni con todas las cámaras activadas se logra esa sensación a la que hago referencia.

Actualmente no hay cuarentena en la ciudad de Temuco, lo que no me parece una buena medida. Forzar el regreso a la «normalidad» es, francamente, inhumano. Por lo mismo, y como muchas otras personas, hago una cuarentena preventiva. En estos momentos no sabemos qué puede pasar el próximo mes, puede que yo no llegue a recibir mi título y pase a ser un simple número en los informes del Gobierno, una recuperada más. Por eso es que hoy valoro más la vida misma, a mi familia, mi salud, el techo que me cubre de la lluvia nocturna y poder escribir estas palabras.

Las cuarentenas han marcado mi vida

Liliana Oberg Figueroa

Funcionaria, División de Personal y Remuneraciones

¿Te complicó la cuarentena obligatoria? A mí, sí. Cuando comenzó el tiempo de confinamiento obligado no fue fácil mantener el equilibrio. Luego recordé que mi vida ha tenido varias cuarentenas y cada una de ellas marcó la persona que soy.

La varicela, a los nueve años, me enseñó que mis padres y mis hermanos no escatimaban esfuerzos para cuidarme; aunque antes siempre lo hacían, yo no me había dado cuenta. También descubrí que mis abuelitos podían salir de su casa; a diferencia de nuestra visita cada semana para ir a verlos, aquella fue la primera, de dos veces, que ellos lo hicieron y me sentí muy querida.

Luego, en el primer año de universidad, una hepatitis muy complicada me tuvo un mes y medio fuera de las clases. Eso podría haber marcado el fracaso, pero aprendí que la pasión por lo que quieres, el rigor y la planificación acompañan los buenos resultados y que la vida se vive un día a la vez.

Unos años después de trabajar en actividades que disfrutaba, con amistades, visitas a lugares y viajes, un parto prematuro de emergencia me mantuvo grave, mientras mi hijo estaba en una incubadora lejos de mí. Entonces recibí el cuidado experto de quienes no son tu familia, pero te cuidan con afecto, toman tu mano y te acompañan en ese nuevo escenario de amor.

Inicié el camino de la maternidad con un niño que pesaba muy poco, que me necesitaba junto a su incubadora y después, en reemplazo de la máquina, otras semanas en mi pecho, piel con piel, como un canguro. En ese periodo aprendí a entregar amor sin medida, retribuido por la calidez de los cuidados médicos y unos gramos de peso, que mi hijo fue subiendo poco a poco hasta alcanzar la normalidad.

Pasaron casi trece años y viví una nueva cuarentena. A pesar de los controles prenatales con mi segundo hijo, tuve que hacer un reposo absoluto en cama. Los primeros días de ese noviembre fueron de angustia por el trabajo que quedó

inconcluso, las tareas y paseos que me perdería con mi hijo adolescente, y las compras de Navidad que no podría hacer.

Entonces vinieron a mi mente las veces que, muy cansada, había pensado: «Me gustaría tener un día en que no tenga ninguna obligación, en que despierte y no tenga nada que hacer más que descansar». Ese día había llegado, pero no para dar un paseo ni tomar unas vacaciones. Ahora no despertaría para ir a trabajar, comprar, caminar, cocinar ni nada, solo debía descansar. Ese descanso me ayudó a tener un niño sano, prematuro, más pequeño que su hermano, pero sin problemas graves de salud. Un niño marcado por el optimismo y que deja salir carcajadas cuando descubre lo gracioso en cosas cotidianas que muchas veces pasan desapercibidas para otros (escucho su risa en la otra habitación justo ahora mientras escribo estas palabras).

Ahora estoy en una nueva cuarentena, es el covid-19 que ha golpeado fuerte a todo el planeta. Esta vez me encontró en la madurez. Las medidas de cuidado sanitario ampliaron nuestra distancia física, pero redujeron nuestra distancia social para cuidarnos y cuidar a otros. ¿Qué estoy aprendiendo? Aprendo que el mundo puede cambiar, que podemos abrir las ventanas hacia adentro de nuestro corazón y, lo más importante, que sí es posible conciliar la vida laboral con la familiar. Todavía no conoceré mi aprendizaje final, porque esa parte requiere de la sabiduría del reposo y la evolución.

Y tú, ¿hacia dónde te movilizaste?

Un resumen no muy interesante sobre mi cuarentena

Jeshuak Otárola Sáez

Estudiante, Tecnología Médica

Mi nombre es Jeshuak Otárola y, a pesar del impacto que el virus está dejando alrededor del mundo, no puedo decir que mi vida se ha visto realmente afectada. Mis hábitos, similares a los de un anciano, me acostumbraron al ambiente hogareño, a salir poco y a tener pocas relaciones.

Aun así, puedo ver el efecto que está dejando en mi familia. Mi madre debe sacar salvoconductos para su trabajo y para mantener un ojo sobre la salud de mis abuelos. Mi hermana tuvo su año escolar modificado y siente que está en un limbo, flotando entre clases que se sienten incompletas y unas vacaciones forzadas. Mi padre no puede ir a trabajar debido a su condición de enfermo crónico, por lo que viene más seguido a casa. Mis abuelos, por ambos lados, están más estresados de lo usual, extrañan visitar a mis tíos que viven lejos, ir al cementerio, y prefieren no arriesgarse a ir al hospital.

Sobre la universidad y las clases virtuales, no las puedo comparar con ninguna experiencia anterior; los problemas que he tenido provienen de mi mala memoria y mi incapacidad para organizarme.

Esto es todo, te advertí que no sería interesante.

Nueva (norma)lidad

Tanya Peralta Ochoa

Funcionaria, Vicerrectoría de Pregrado

Hace unos días (ya no sé cuántos), empezó a circular el concepto de «nueva normalidad», acuñado por el Gobierno, la OMS y por tantos países del globo, que insisten en que retomemos nuestras actividades con «resguardos sanitarios», que no permitamos que decaiga la cadena productiva y se arruine nuestra economía. Aparentemente, buscan generar las condiciones para un «retorno seguro» a nuestras actividades y para ello establecen una serie de «normas» que pasarán a regular nuestras vidas de ahora en adelante, como el uso obligatorio de mascarillas, el lavado frecuente de manos y la adecuada «distancia social».

Estas reglas ajustan nuestras conductas a nuevos preceptos que debemos obedecer si queremos cuidar nuestra salud y la de los demás. Se asoman incluso nuevas leyes que regulan nuestro comportamiento y sancionan nuestras faltas, y terminamos accediendo a ellas porque creemos que nuestro futuro depende de eso y confiamos (o intentamos confiar) en que detrás hay autoridades e instituciones que nos protegen. Lo cierto es que cuanto más miedo tengamos, más obedientes seremos; después de todo, el miedo es la más efectiva medida de control social.

Pues claro que el miedo sirve, sin este difícilmente nuestra especie hubiese sobrevivido tantos miles de años, pero también asusta pensar a dónde podría llevarnos un exceso de miedo. Digamos que sentir temor de ir a un sitio aglomerado porque corremos el riesgo de contagiarnos o de ir a ver a nuestros familiares mayores de sesenta porque podríamos transmitirles un virus que no sabemos que tenemos suena razonable. El miedo a perder nuestro trabajo y/o sufrir de escasez también, pero ¿qué pasa si el miedo se vuelve la norma? Ya sabemos que la rabia es una emoción movilizadora y transformadora, lo comprobamos a partir de octubre del año pasado. Pero ¿qué haremos con el miedo? ¿Nos quedaremos acaso encerrados, distantes, paranoicos? ¿Nos dejaremos llevar por la ansiedad que provoca la incertidumbre, aquella que

nos visita a diario y nos despierta por las noches, cada vez más pobladas de sueños inquietantes?

Es que el exceso de información o la falta de ella terminan confundiendo nuestras mentes y llevándonos al borde del delirio. No es fácil vivir dentro de una distopía. Parecía mucho más divertido leer sobre ellas u observarlas en series televisadas, textos e imágenes, que ahora solo sirven para alimentar nuestras visiones u obsesiones personales. Después de todo, el coronavirus se ha convertido en una tiranía que amenaza y amedrenta a nuestros cuerpos y a nuestra psiquis, que coarta nuestras libertades y oculta bajo su manto las problemáticas sociales y políticas por las que estábamos atravesando.

Entonces, ¿qué haremos con él? ¿Creeremos acaso en las metáforas de guerra, que utilizan a menudo los beligerantes mandatarios, que no tienen vergüenza de violar los derechos humanos amparados en esa ficción tan peligrosa? Y en ese caso, ¿quién será nuestro rival? Asusta aún más pensar que probablemente no sea el virus este nuevo «enemigo poderoso e implacable», sino ahora algún otro: el migrante, la vecina, el peñi, la colega. Todos somos potenciales contagiados y, por lo tanto, enemigos para alguien, lo que probablemente obligue a muchos a vivir en una alerta constante, en medio de la suspicacia y dispuestos a enfrentarse a quien sea con tal de asegurar su sobrevivencia o la de quienes consideran parte de su entorno. Y lo que más miedo me da es que esa idea de comunidad, que fuimos construyendo hace unos meses, termine diluyéndose en un «nuevo individualismo», aquel que se manifiesta en las peores guerras fratricidas. No olvidemos nuestra condición humana y aprendamos aunque sea una cosa de esta pandemia: a no discriminar.

¿Hasta cuándo?

Loreto Puelpan Muñoz
Estudiante, Derecho

Me consume el silencio de mi habitación y el de las calles, los pájaros ya no cantan y el cielo ya no es el mismo. Estoy al borde del colapso y me mata la incertidumbre, la incertidumbre de no saber hasta cuándo.

¿Hasta cuándo?, me pregunto todas las noches; ya no puedo dormir sin pensar en lo que está pasando. Me siento más nerviosa y mi cuerpo está agotado. La luz de mi ventana es la única que me ha acompañado.

La rutina me agobia y las ganas de llorar son inmensas, me siento prisionera y sé que no soy la única que está pasando por esto. Cada mañana es igual, me miro y ya no me reconozco, extraño a mi familia y lo más triste es que estamos separados. Mi mamá trabaja en un consultorio y mi padre en el sur embarcado. A mi hermana, al parecer, le da igual. Los niños a su edad no entienden estas cosas, ellos son tan felices jugando.

A veces me duele el pecho y cada vez me cuesta más respirar. Ni siquiera puedo inspirar el aire sin tener miedo. Me asomo a la ventana y todo me parece triste, la gente como loca comprando y comprando, quisiera descansar y no tener que preocuparme de las clases. Esto lentamente me va a terminar matando.

Pandemia en el Wallmapu

Carlos Quintulen Colicoy

Estudiante, Nutrición y Dietética

Quién se iba a imaginar que el año recién pasado y el inicio de este se convertirían en una de las épocas más convulsionadas en el planeta y, en especial, en Chile. En los últimos años, en distintas partes del mundo, varios brotes de protestas sociales daban indicios de que algo no estaba funcionando bien. Chile, en cambio, parecía ser una burbuja en medio de un continente lleno de penurias, aunque esta burbuja no se vivía en gran parte del Wallmapu, territorio siempre golpeado, maltratado y menospreciado por el Estado chileno. En territorio mapuche la revolución siempre está en boca de mis hermanos de raza más avezados y lo sucedido durante los últimos meses parece ser un gran aliciente y permitir la visibilización de todas las demandas del pueblo mapuche y chileno.

Hago esta introducción para dar cuenta del contexto regional en que transcurre esta pandemia. Durante los primeros días del covid-19 en Chile, muchos han caído en la histeria colectiva, haciendo compras desenfrenadas de artículos muchas veces innecesarios. Pero como nos podemos dar cuenta, en situaciones de crisis es cuando se deja ver lo mejor y lo peor del comportamiento humano, sobre todo en nuestra lógica del «sálvese quien pueda», insertada en nuestra mente por el sistema del consumo.

El primer caso en Chile fue registrado en Talca, ciudad que no tiene muy buena reputación en el ámbito de la salud. Los primeros días fueron de relativa calma, demasiada pasividad, diría yo, por parte de las autoridades y de la población; sin embargo, eso cambiaría con el paso de los días, ya que se seguían contagiando personas y ya no eran enemigos ficticios los que nos atacaban (según Piñera), sino un organismo microscópico. En la Araucanía, el virus llegaría solo semanas después, a causa, principalmente, de la irresponsabilidad humana, propagándose rápidamente, lo que supuso una alerta inmediata y una cuarentena obligatoria para la población. Esto lo único que hizo fue entorpecer aún más la esperanza de un año relativamente normal

para los estudiantes y, en especial, para los de la UFRO. Y digo relativamente porque sabemos que en la UFRO siempre pasa algo.

Esta crisis sanitaria está provocando diversas consecuencias. Sin duda la económica es una de las que más afectan a esta parte del Wallmapu, porque es una zona que ya está empobrecida por el choque cultural y económico, y por un modelo de desarrollo neoliberal extractivista versus otro sistema de desarrollo sustentable que es propio de nuestro pueblo. En este sentido, es importante analizar las diferentes regiones del planeta que están sufriendo por esta pandemia, para darnos cuenta de que existe un factor común entre ellas, la pobreza.

Se ha dado a conocer que en las ciudades con mayor índice de pobreza la cantidad de contagiados sube exponencialmente, pero ¿por qué sucede esto? Bueno, porque la pobreza es una condicionante social y, como tal, define la vida y la salud de las personas. En estas ciudades viven principalmente trabajadores que deben movilizarse todos los días a su lugar de trabajo, de lo contrario, se quedan sin sustento y, por lo tanto, sin comer. Entonces, se crea una disyuntiva: ir a trabajar, contagiarse y morir o quedarse en casa, sin dinero, pero morir de hambre. ¿Cuál elegirían ustedes?

La verdad es que vivimos tiempos difíciles, tiempos de crisis y de cambios, pero no nos queda otra opción que ser resilientes y pensar en un futuro con nuevas oportunidades: una nueva constitución política para Chile, pero por sobre todo, un nuevo pacto social que permita que nuestro país sea de todos y no de unos pocos.

La ciudad se ha dormido

Claudio Ramírez Acuña

Funcionario, Oficina de Administración y Finanzas, Facultad de Medicina

Salgo a la puerta de mi casa para escuchar la nada. Ya no anda la gente vuelta loca en las calles con ese ir y venir desenfrenado, ya no se escucha el mundanal ruido de la ciudad, ya no. El silencio lo inunda todo, me quedo quieto para tratar de escuchar el boche típico del barrio y nada.

Es tanto este silencio que, si pongo atención y trato de no hacer ni un solo ruido, puedo escuchar el latir de mi corazón, sentir el pulso de los latidos en mi cuerpo y eso es lo que en estos momentos estamos viviendo, el silencio de nuestros actos de esta cuarentena, que llegó y se instaló en nuestros hogares sin ser invitada. Sin embargo, nos ha dado la oportunidad de encontrarnos a nosotros mismos, de darnos un poco de tiempo para hacer lo que queramos, para hacer lo que habíamos dejado pendiente en nuestras vidas, porque el estrés laboral y la rutina diaria nos tenían puesto el pie encima. Y, gracias a este encierro, hemos podido escabullirnos y respirar profundamente mientras abrimos los brazos, tal y como lo hemos hecho más de alguna vez en nuestras salidas de *trekking*, mientras admiramos el esplendor del paisaje que la madre naturaleza nos regala cada día para el deleite de nuestros ojos, de nuestra alma y nuestro espíritu aventurero.

Este texto está dedicado, con especial cariño, a los socios y amigos del Club de Trekking Funcionarios UFRO, del que soy parte, porque quise incentivarlos a que escribieran su sentir y plasmaran sus emociones en tiempos de cuarentena.

Buenos modales

A de Alex

Estudiante, Ingeniería Civil Industrial, Mención Informática

Creo que hoy una persona me sonrió. Pero no estoy del todo seguro, porque llevaba mascarilla. De todas formas, por educación, yo igual le sonreí. Aunque dudo que lo haya notado, pues mi cara estaba igual de tapada que la suya.

Llegó sin ser invitada

Gatobibliotecario

Estudiante, Química y Farmacia

Después del caos que dejó en nuestro país y en las vidas de todos el 18 de octubre de 2019, uno de los mayores estallidos sociales que la memoria pueda recordar, sucedió algo impensado: la llegada de una pandemia.

Era enero cuando por primera vez escuché sobre el coronavirus. Estaba realizando mi primera práctica en uno de los laboratorios de la universidad. Pensaba, como la mayoría, que el virus no se extendería hasta nuestro continente, ya que en ese tiempo aún estaba en Asia.

El 3 de marzo del presente año se confirmó el primer contagiado en nuestro país. A pesar de ello, las personas y el Gobierno no le tomaron el peso a la situación, como debió haber sido. Lo que realmente preocupaba en aquel entonces era el estallido social que estaba pronosticado para marzo y el resto del año.

A medida que pasaban los días, las protestas sobre las demandas sociales se vieron desplazadas por el covid-19. El virus comenzó a expandirse como un verdadero parásito por el mundo y por nuestro país.

A nivel nacional, se instauró el toque de queda y se cerraron las fronteras. A mediados de marzo, me impactó ver muchas estanterías del supermercado completamente vacías porque la gente se volvió loca comprando artículos de aseo y alimentos no perecibles, entre otros productos. Era un tipo de histeria colectiva que me recordó al terremoto de 2010. Había muchas personas en las calles y, a pesar de la histeria, la población hacía su vida normal, esperando que todo fuera un mal sueño.

En pocos días se acabaron las mascarillas, los guantes, la harina, la vitamina C, el alcohol gel y algunos otros artículos que normalmente no son muy utilizados. Con el desabastecimiento de esos productos, vino el aumento de los precios.

Hacia fines de marzo se decretó la cuarentena total en Temuco, cosa que no muchos entendían, ya que era algo inaudito en el país. Se debían pedir salvoconductos

para hacer cosas tan cotidianas como ir al supermercado o al médico, hacer trámites, etc.

Las ciudades quedaron desiertas. Casi no transitaban personas. La ansiedad y el miedo se apoderaron incluso de los más fuertes. Cerró casi todo el comercio, a excepción de los supermercados y las farmacias. Quedó mucha gente desempleada. El tiempo se detuvo para todos.

Absolutamente todo cambió por un tiempo indefinido. Ahora las clases son *online*. Algunas personas pueden trabajar en esa modalidad, pero otras están obligadas a salir. Ahora es norma usar mascarilla al andar por la calle. Hay que hacer filas en todas partes, porque se debe mantener la distancia física entre las personas.

Este virus ha matado a miles de ciudadanos en el mundo. Gracias a los teléfonos y a las redes sociales podemos estar cerca de quienes queremos; si no existieran sería todo mucho más insoportable.

Algún día, que veo más lejano que cercano, la vida volverá a ser relativamente normal. Y si digo relativamente es solo porque esta pandemia nos cambió. Quizás valoraremos más la sencillez, los momentos con nuestros seres queridos. O eso quiero creer.

Solo yo

Vitalia Reyes Monsalve
Académica, Terapia Ocupacional

Vivo sola. Nunca antes había importado tanto eso como ahora. Vivo sola y en mi soledad cotidiana observo mis privilegios: tengo tiempo para preocuparme de las existencialidades de la vida, estoy libre de violencia directa, tengo un lugar, un espacio donde puedo ser quien quiera, sin consultarle a nadie. Podría llegar a aburrirme incluso de tanta comodidad o imaginar que estoy en un lugar alejado de todo, donde puedo unirme con la naturaleza e iluminarme, tal cual una buda de la pandemia.

No solo vivo sola, también soy población de riesgo, saqué el premiado. Me gustaría pensar que eso suena como cuando en las películas muestran a alguien misterioso y, sin embargo, llamativo. Pero no, es algo más penoso que mi fantasía: todos los días en la mañana tomo un medicamento con el anhelo de que se regule mi sistema inmune, el mismo que debería protegerme, pero me está atacando. Es muy irónica la vida.

Cuando comenzó la cuarentena estaba informada de todo y creo que eso hizo que cayera brevemente en pánico. Pensé que si me contagiaba estaría sola en mi casa y si moría probablemente me iban a encontrar después de un mes pudriéndome con mis plantas. Esa idea, la de morir sola en una pandemia, no la había tenido nunca. Antes de que ocurriera todo esto era una idea un poco apocalíptica, hollywoodense e irreal. Ahora también lo sigue siendo, solo que vivir esta crisis en este país enfermo le quita toda esa penumbra de película y lo vuelve crudo e injusto.

Vivo sola, el único contacto que tengo con otros seres vivos es con mis plantas. Soy (o era) de ese tipo de personas a las que se les secan hasta los cactus, y no es que lo hiciera a propósito, solo que, hasta ahora, no había desarrollado un vínculo con otro ser vivo que no hable. Y si es que puedo rescatar algo de este tiempo de aislamiento es que cada vez más, y con mayor detención, las observo y aprendo de ellas. No es que me considere una comeflores, pero observar su crecimiento me hace pensar que yo también estoy creciendo; ellas hacia afuera, yo hacia adentro. Las observo y me dan

alegría, algo importante en este momento tan distópico. Acumulo las minifelicidades que me entregan sus hojas, sus tallos y sus colores.

Vivo sola y en mi soledad anhelo que se acabe esto, que se acabe esta pandemia y con ella todas las inequidades que hay en este país. Mi corazón utópico anhela que se acabe la sociedad del consumo, que nos vende salud y que nos valora según cuánto podemos pagar. Deseo que se acumulen en nuestras conciencias todos esos anhelos de cambio por los cuales estábamos luchando y soñando antes de que este maldito virus llegara. Deseo que se acumulen, para que cuando podamos abrazarnos transformemos todo esto en lo que nos merecemos: simplemente disfrutar de la vida sin tener que pagar por vivirla.

Finalmente, espero estar viva para poder verlo y decir: viví en una pseudodemocracia, sobreviví a una pandemia y fui parte del cambio de la sociedad.

Cuarenta y tres mil doscientos segundos

Sergio Salgado Salgado

Académico, Departamento de Administración y Economía

León se estiró plácidamente. La luz caía fría y brillante sobre el fondo del patio. Los platos de la noche anterior esperaban grasientos y el silencio lo cubría todo, como un barniz traslúcido, opaco y sediento.

Es una hora inexacta de la mañana. Podrían ser las 7:32, podrían ser las 10:09. Los lugares tampoco son precisos. El salón, la cocina y el dormitorio flotan como pompas de jabón. Entro a YouTube y escucho «Canción para mi muerte» de Sui Generis. Hawking saca la cabeza de un agujero de gusano y me mira con extrañeza. Tengo los pies fríos, pero no quieren cubrirse. Me echo en el sillón. Me ensillo el *laptop* y me pregunto cuánto faltará para que Ema grite: «¡Papá, mi desayuno lujoso!». Me deshilacho como viejo saco de carbón cuando engulle el pan con palta. Cuando la flor amarilla de topinambur entra por sus ojos adormilados.

Elton John regresa a la aullante y vieja lechuza del bosque que caza un sapo caliente y, de pronto, cavilo caminando mi camino de ladrillo amarillo. Discurría mucho cuando era niño. Deambulaba por el pasado y por el futuro. Cuando las motas de polvo brillaban atravesadas por un haz de luz, me presentía. Cuando tenga dieciocho, cuando tenga noventa y siete... Pero nunca me encerré en la tierra de Neruda. Nunca tuve una hija mediatunda. Nunca tuve a Isabel. Incluso de niño me equivocaba. Nunca me soñé confinado en el sueño de un diminuto-ser-no-vivo.

En alguna tráquea se embriaga orgásmico y risueño el bicho malo. Algún abuelo tose y sus historias comienzan a desenhebrarse. En alguna casa la primera noche de fiebre aplastará toda luz. Elvira y Miguel Ángel se fueron hace mucho. Tengo el antídoto para el miedo: ya no tengo nada que perder.

The Who le promete un remedio a la chica abandonada. El conductor de locomotora la enamora por una tarde. Cuando el amante vuelve, ella es perdonada.

León sube corriendo por la escalera y regresa. Se frota contra mis pantorrillas. Me sigue a la cocina. Vuelvo al sofá y él sale al patio. Se instala a sol y sombra bajo un arbusto y me mira. Se pregunta cuándo nos iremos y lo dejaremos en paz. Yo le respondo que no se haga ilusiones.

Isabel busca y sube material al campus virtual. Fleetwood Mac habla de los sueños. Escucho cuidadosamente el sonido de nuestra soledad. Abrazo a Isabel. Observo a Isabel. Sigo a Isabel. Duermo con Isabel. Cuido a Isabel. A veces, lastimo a Isabel. A veces, ella me lastima.

El proyecto de Alan Parsons lo dice claramente: no es fácil disculparse y darle la vuelta a la situación. No hay que dejar que el fuego llegue a tu cabeza. Ella es el ojo en el cielo que puede leer mi mente.

Nos tiramos en la alfombra. *Surya namaskar*. Ema se lo toma muy en serio y se funde solemne con el cosmos. Eternos veinticinco minutos. Se apodera de mi mente la muerte por millares, la angustia por miles de millones. Sin trabajo y sin alimento y sin calor y sin amor y sin distancia y sin tiempo. *Savasana*. Todos salen de sus casas. Asqueados caminan hacia el mar. Silenciosa, la procesión se dirige a un baño sanador. La sal y la brisa lo solucionarán todo. Una multitud se sumerge en el agua fría huyendo del polvo. Las extremidades desaparecen y la piel se torna viscosa. Nadamos. Nos sumergimos. Avanza el cardumen hacia el caldo primigenio. Buscamos desovar en el origen y parir un nuevo comienzo. El sueño no es ficción y lo que ocurre afuera tampoco.

La peor experiencia de mi vida

Fernanda Sanhueza Flores

Estudiante, Odontología

Comencé a leer sobre el covid-19 mucho antes de que llegara a Chile. Lo encontraba fascinante, como creado en un laboratorio de Plague Inc., donde se le agregaban resistencias y síntomas a cada rato. Sin embargo, lo veía lejano, seguía trabajando con normalidad, no tenía los recursos para viajar al extranjero y pensaba que, si los llegara a tener, lo más probable es que me iría a una isla paradisíaca, no a China. Dentro de mi ignorancia subestimé la estupidez humana y jamás se me pasó por la mente que, en un abrir y cerrar de ojos, todo Temuco entraría en pánico por culpa de un impertinente de clase alta, ultrainconsciente, que se había paseado al frente de nuestros ojos quizás cuántas veces, sabiendo que era portador de un virus potencialmente mortal. Pensaba: ¿lo habré atendido?, ¿será una de esas personas que me hacen sacar todas las carcacas para verlas y a las que, finalmente, no les gusta ninguna? Sí, trabajo en un local de accesorios para móviles.

Pasaron algunos días y aparece en las noticias que la seremi de Salud de Temuco había dado positivo y yo tenía a dos familiares cercanos trabajando codo a codo con ella. Pánico por mí, que tuve neumonitis y tengo asma. Pánico por mi suegro, que es adulto mayor y recién se operó de cáncer. Pánico por mi papá, que es trescientas veces más asmático que yo. Empecé a revisar las estadísticas a diario. Más muertos, más contagiados, poco personal médico, poca infraestructura, pocos insumos. Saqué de mi caja de insumos dentales la única caja de mascarillas que tenía guardada desde hace un año, me había costado como dos mil quinientos pesos chilenos y calculé cuántas tenía para pasarles unas cinco a mis suegros y dividir el resto en dos para que tanto mi pareja como yo pudiéramos ir a trabajar seguros. Veía por todos lados «quédate en casa», pero yo debía seguir asistiendo al trabajo, ya que una colega que estaba embarazada había entregado una licencia por quince días y, lamentablemente, había una cantidad enorme de personas comprando *tablets* para sus hijos malcriados, car-

casas para sus *selfies* en el espejo y puras idioteces. Mientras la gente comprara, yo no podía quedarme a salvo en mi casa.

Y entonces, cuando ya estaba vitrineando terrenos en el cementerio, decretaron cuarentena total. A mí me mandaron pa' la casa (sin sueldo), pero mi pareja debía seguir trabajando, porque los supermercados no paraban y él, como trabajador de un supermercado, se sacrificaba por los dos, ya que yo no tendría ningún tipo de ingreso. Vi de cerca la guerra que fue que le pasaran una mascarilla (se nos estaban acabando las nuestras), guantes y cosas básicas como jabón. Por suerte su sindicato se puso las pilas para hacer fuerza en masa y generar presión en los dueños. Y es que no era solo culpa de los dueños, sino también de los sinvergüenzas que estaban cobrando más de cincuenta mil pesos chilenos por una caja de mascarillas. Y para qué decir las clases *online*, se sabe que no hay otra opción y que tampoco es culpa de las universidades, pero, sinceramente, son terribles. Mi pareja va a una universidad distinta que la mía y también es caótico por esos lados.

Esta es, por lejos, la peor experiencia que he vivido. Sentirme encerrada, custodiada por fuerzas armadas, insegura, porque mi pareja se expone al mundo todos los días. Sola, porque mis papás están en otra ciudad, y con la incertidumbre de no saber cuándo cambiará la situación. Espero no tener que pasar por esto nunca más.

Un virus en el espíritu y en el hogar

Hugo Sanhueza Riquelme
Académico, Campus Pucón

Aquel momento que tanto temí desde hace, creo, cinco años se está produciendo en estos instantes. ¿Cómo escapar? ¿Cómo actuar? ¿Qué queda de aquello que construimos en algún momento? Camus se hace presente en mi vida con toda la fuerza de su pensamiento. Pero no me siento como el doctor Rieux. Más bien, a veces me siento como Meursault, un verdadero extranjero en la vida, desde que despierto hasta que me duermo. Alguien que está viviendo en una especie de nada. Ahora, obligados a estar juntos en la casa, compartiendo espacios durante tanto tiempo, solo siento de manera anticipada una extraña incomodidad. ¿Cuándo se derrumbó todo?

Más de veinticinco años atrás, después de un notable éxito profesional inicial y de mucha adulación social, de amistades que solo otorga ese mismo éxito, un mundo que yo había esquivado me abría sus puertas y era posible prever que había un futuro totalmente distinto. Un gran futuro. Hogar propio, un proyecto de vida. Pero ¿qué pasó entremedio? La vida se aceleró. Las hijas crecieron en un abrir y cerrar de ojos. Cambiar el auto viejo por el auto nuevo, comprar una casa y luego perderlo todo; la hipoteca, un abanico de deudas y sentirse entrando a un túnel del cual no se vislumbraba la salida. Así, vino el cambio de ciudad (cambio, en mi mente, transitorio) y el intento por sobrevivir a una nueva realidad material que golpeaba con demasiada fuerza.

Y a ello, hoy le sumamos el vacío espiritual. Estamos juntos, pero no estamos. Estamos presentes, pero ausentes. Solo nos acompaña el incómodo silencio y la sensación de que no se debe romper un delicado equilibrio. Vivimos bajo un mismo techo, pero esto no es vida. Cada momento juntos es insoportablemente eterno.

Un virus espiritual y emocional nos viene atacando con fuerza. Las mascarillas no han sido efectivas y siento que no existe vacuna posible. No puedo dejar de pensar en cuál de los dos virus es peor.

Mi padre, sin duda, me reprendería suavemente y sugeriría que lo que me ocurre en parte es por mi falta de fe: «Hijo, tú conoces a Dios, pero nunca te vuelves hacia él, sino que le das la espalda», me decía.

Y aquí estamos. En este raro suspenso, atrapados, física y espiritualmente. Buscando, yo, la única salida posible siempre en los ojos de mis hijas que me transportan desde esta árida realidad.

Varado en cama mirando el techo

Luis Suárez Villagrán

Funcionario, Dirección de Bibliotecas y Recursos de Información

Desde mi cama llevo días mirando el techo de mi casa y su enmohecido color blanco. Semanas escuchando la manoseada palabra *covid*, reemplazada muchas veces por otros horribles y adornados nombres. Meses abatiéndome con el creciente número de fallecidos por esta peste. Me he prometido muchas veces no ver más el terrorífico informe con las estadísticas que a diario leen dos hombres y una mujer, y la esquiva curva aplanada que no llega. A mi vecina la vinieron a buscar en una ambulancia, unos hombres que parecían astronautas se la llevaron raudos repartiendo balizas rojas y alaridos poco armoniosos por toda la población. Por la cara de su hijo no deben ser buenas noticias.

Desde el gastado color blanco emergen cuatro garabateadas manchas rojas que irrumpen con insistencia en mi desvelo. Tres son relativamente símiles y la cuarta es levemente más grande. A mis tres hijas, cuando pequeñas, las hacía dormir con el recordado cuento de «Los tres chanchitos desobedientes», a los que, al salir de casa sin el permiso de su mamá, un lobo los perseguía hasta alcanzar al más chiquito, llamado Regalón y, simplemente, se lo comía. Ya casi no miraba estos dibujos. Un día ellas, a su manera, intentaron graficar en el techo de nuestro dormitorio el mencionado cuento. Tal vez el viejo recuerdo que tengo de mi niñez me hizo contarles repetidas veces esta historia. En una escuelita de Santa Rosa, mi profesora de primer año básico me pidió actuar con algunos de mis compañeros la escena del lobo feroz que perseguía al chanchito Regalón, que justamente era yo.

Cualquiera que viera estas manchas en el cielo raso de mi cuarto no podría sino traer a su cabeza a los antiguos egipcios y sus jeroglíficos que nadie entiende. Pero el tiempo que llevo observándolos no ha hecho otra cosa que traerme a la memoria, en no pocas oportunidades, reflexiones sobre la antigua lucha del bien y el mal. Una analogía que bien puede hoy representar de manera eficaz a este virus, como un lobo

feroz que nos tiene acuartelados hace semanas y que es perseguidor de cuanto humano transite por las calles, sobre todo cuando, con un permiso temporal, pareciera hacerse más grande y feroz. Los dibujos en el techo me ponen nervioso. Siento que el lobo me observa. En mi desvelo reiterado oigo sonidos extraños tres casas más allá de la mía, como si movieran pesados muebles. No eran muebles. Cuando vi al radiopatrulla llevarse a un hombre esposado días más tarde lo confirmé.

Ya sin balizas trajeron de vuelta a la vecina, tras estar más de veinte días conectada a un ventilador mecánico. Su hijo nos informa: «No la cuenta dos veces». Mañana pintaré el techo de mi cuarto. Mañana me quedaré en casa.

Sobre el bien común y la dignidad humana

Gustavo Troncoso Tejada

Estudiante, Magíster en Educación

Pareciera ser que la definición del bien común para nuestra sociedad ha puesto en relevancia la profunda crisis en torno a la discusión sobre la dignidad humana, la que se ha reflejado desde octubre de 2019, con el estallido social. Lo anterior, sumado a la actual crisis sanitaria que vive nuestro país, así como muchos otros Estados a nivel global, ha sacado lo mejor y lo peor de cada uno de los líderes políticos, como también de la ciudadanía.

En este sentido, nuestro territorio nacional ha mostrado una imagen hacia el exterior y hacia el interior, es decir, hacia los mismos chilenos, que hemos construido como sociedad desde distintos planos. Lo antes expuesto no se basa en el manejo de la crisis por parte de la autoridad política, sino más bien en una reflexión sobre lo que hemos permitido creer y construir de acuerdo con lo que denominamos principio del bien común.

Es que cuando hablamos de esto no solo nos referimos a la capacidad de cada persona e institución de movilizarse en torno a la solidaridad del más vulnerable, sino más bien a mostrar lo frágiles que son nuestras preocupaciones diarias, lo cotidiano, que sin duda engloban un todo de cosas que aportan a una construcción sobre el bien común.

Desde este horizonte, cabe preguntarse: ¿cómo podríamos hablar de bien común, si lo que hemos visto cada mañana ha sido básicamente la prevalencia del valor de mercado, el interés económico, por sobre la valorización de la dignidad humana? Esto lo planteo a partir de las líneas discursivas y simbólicas que he observado en nuestros líderes políticos, como también en nuestros pares jóvenes, como si fuese un discurso aprendido o más bien «bancario», como señaló alguna vez Paulo Freire en su libro *Pedagogía del oprimido*, que paradójicamente fue escrito en nuestro territorio.

Desde este punto de vista, el valor económico se manifiesta con un fuerte arraigo en nuestra sociedad, con mayor fuerza que el bien común. Es más, pareciera que

nosotros, los jóvenes, no debiésemos tener mayor preocupación ante el covid-19, ya que este ataca principalmente la vida de los adultos mayores, los que ya se encuentran relegados por los efectos de la misma revolución tecnológica, que los ha desheredado en cierta medida del derecho de merecer la vida, emplazándolos en un plano de ciudadanos de segunda categoría. Son nuestros adultos mayores los que trágicamente de una década a otra se vieron desplazados laboralmente y productivamente, al no interesarse en manejar recursos tecnológicos, como si fuese una manera absolutista de permitirles avanzar hacia su etapa plena de desarrollo, de la cual son herederos. En este sentido, ¿cómo podrían acceder a esta etapa, si nuestra sociedad los relega de manera productiva y, peor aún, con pensiones que están por debajo del salario mínimo?

Por lo anterior, ¿cómo tendría cabida la concepción del bien común en medio de una crisis social y sanitaria, si no responde a un patrón básico de apegarse a los principios universales del respeto hacia los derechos humanos? Es decir, nuestra sociedad no estaría encaminada al bien de la mayoría y mucho menos al de una minoría como son nuestros adultos mayores, sino que la definición que hemos permitido construir se ha desplazado lejos de su esencia; más bien, se ha transformado para que nuestra sociedad, en su conjunto de condiciones, permita que todos y cada uno de los miembros pueda alcanzar su verdadero bien individual, desvalorizando la dignidad humana, elevando esta condición hasta el punto de sentirnos con derecho a decidir sobre lo que es justo de merecer para cada persona.

El vacío de los días

Xiharas

Estudiante, Facultad de Educación, Ciencias Sociales y Humanidades

Ya ni siquiera sé qué día es de la cuarentena. Cada día que pasa es igual. Pareciera que el tiempo se ha desvanecido. No sé si es lunes o domingo, he olvidado qué hice ayer, antier y seguramente olvidaré lo que haré mañana. Mi única actividad es revisar internet, Facebook, Instagram, Netflix y ver TikTok, donde la gente intenta mostrarnos el goce de su perfecta vida, preguntándome en qué momento podremos regresar a nuestras vidas normales, si es que a eso podemos llamarle normalidad.

Al principio parecía que quedarse en casa era una situación fácil, serían únicamente dos semanas. ¿Qué tan difícil podía ser? Simplemente con permanecer dentro de nuestros hogares le haríamos el favor al mundo. ¡Puedes creerlo! Mientras tanto, podríamos aprovechar de hacer eso que ni nosotros sabemos qué es, pero que necesitamos; eso que nunca hacemos porque nuestro estilo de vida es tan ajetreado que no nos permite hacerlo. La cuarentena sería el momento perfecto para hacer todo aquello que queríamos: leer ese libro que siempre quisimos leer, descansar todas las horas que siempre quisimos descansar, ejercitarnos y conseguir el cuerpo soñado y, sobre todo, adelantarnos al futuro y conseguir ser mejores personas, pensar en el medio ambiente y reflexionar sobre todo el daño que le hemos hecho a la madre tierra; bueno, al menos eso dicen los anuncios publicitarios que constantemente intentan vendernos.

¡Vaya!, pero qué equivocados estábamos. Nuestro aislamiento solo dejó ver lo endeble de nuestra decadente forma de vida, pues ahora ya no es posible escapar de aquello que siempre queremos olvidar. Es este el momento en que tienes que enfrentarte a los problemas que implica convivir con nosotros mismos. Cada día preguntándonos: ¿qué hacemos aquí? ¿En verdad necesitamos ser tantos en este mundo, si quienes de verdad mantienen a flote este planeta deben estar afuera para permitir que tú y yo estemos ocupando nuestro valiosísimo tiempo haciendo *tiktoks* o sim-

plemente durmiendo? *Ese* o *aquel*, como solemos referirlos, son quienes realmente permiten sostener nuestra sociedad.

Lo que esta pandemia ha dejado ver es la incesante necesidad humana de mantener una desigualdad social para evitar que los de «afuera» puedan aspirar a algo mejor, pues son ellos quienes no tienen la posibilidad de quedarse en casa. Entonces, ¿realmente el *hashtag* #mequedoencasa es un producto comercial de una campaña preventiva de salud o solo refleja la poca sensibilización ante las minorías, que no pueden evitar salir de sus casas porque de ello depende su supervivencia, y cuya situación ni siquiera somos capaces de entender porque estamos tan preocupados por la dieta, por no morir de aburrimiento o por los importantes viajes turísticos que tuvieron que ser cancelados, que pareciera que los últimos que importan son los que mantienen la comodidad de los que estamos «adentro»? ¿O será que simplemente intentamos ocultar la mediocridad que representa nuestra existencia latente, que evita que sintamos que los días pasan unos tras otros, siempre iguales, siempre normales, siempre vacíos?

Mamá

Diego Villagrán Castro
Estudiante, Ingeniería Informática

Lleva toda su vida trabajando. Partió haciéndolo por su familia, para mantener la casa, pero hoy, sus «chicos» ya están todos grandes y, prácticamente, ya no tienen necesidades. Y en todo este proceso, ella se enamoró. Enamorada y más comprometida que nunca. Ama su universidad y ser parte de ella. Cuando esta aparece en las noticias o en el diario es prácticamente como que hablasen de ella, de mi mamá. Qué orgullosa se siente.

Y hoy, cuando todos sus estudiantes requieren de su apoyo, ella está ahí. Los busca por todos los medios, para que de verdad no pierdan esta oportunidad, oportunidad que también me dio a mí. Gracias, mamá.

La perplejidad e incertidumbre en tiempos de pandemia

Cristóbal Villanueva Navarrete

Estudiante, Pedagogía en Castellano y Comunicación

¿Cuarentena? Qué más puede significar para mí que no sea el ejercicio automático de depositar mi cuello sobre una ventana maltrecha. Ver a los porfiados caminar como si esquivaran las gotas de lluvia, con sus máscaras mal hechas y su soberbia, alzándose del rostro y dibujando auxilios inconscientes.

Qué otra cosa puede significar el confinamiento, sino comer de mala gana, despararramar sobre el piso partes de la última bolsa de frutos secos comprados en el fin del verano. Maldecir, porque se han acabado y reprimir las ganas de salir para comprarlos, para nuevamente maldecir que otros desgraciados estén en un supermercado lleno de peste comprándolos.

Qué más sino continuar dándole vueltas en el cerebro a asuntos sin relevancia. Continuar apuñalando las entrañas en busca de algún resquicio de versos que puedan parir un poema. Llorar en la pieza oscura a la postre de la musiquilla de las pobres esferas.

Bombardear la conciencia con noticias de mierda, que emanan de un televisor rayado e intentar comprender cómo un hombre apuñala a otro hombre en el cuello para hacerlo morir desangrado. Enrabiarse con gente que viaja de unas ciudades a otras consciente de que transporta la peste. Mientras uno vuelve a sí mismo para aturdirse con la perplejidad, muere el pobre abandonado en una casa, víctima del virus y su desgracia de no haber tenido síntomas, oh, alabado seas, Ministerio de Salud.

Qué mal me puede hacer el confinamiento más de lo que ya me ha hecho. Restregarme en la cara que sufro ansiedad, recordar el miedo a la oscuridad, volver a recordar el caos de mi mente, el espiritual... No ha pasado nada, todo sigue en orden, se puede pisar la calle, el asfalto, la tierra, golpear los rayos del sol, gastar las zapatillas nuevas, tocar en pleno proceso el suicidio masivo de las hojas de los árboles, reñirse a improprios con el auto que casi me atropella, visitar a mi madre en el trabajo

del hospital, ir a comer rico donde la abuela, ir donde la Javiera para discutir sobre perros o gatos. Pero siempre en la pieza oscura, con la musiquilla de las pobres esferas, ojos bien cerrados y atentos a no despertar del sueño. Y, cada ciertos momentos, practicar el ejercicio automático de depositar el cuello sobre la maltrecha ventana para observar cómo la gente esquiva las gotas de lluvia, con sus máscaras mal puestas y grandes bolsas de frutos secos asomándose de sus bolsas. Y sí, esta ha sido mi cuarentena, por si había dudas.

Y así todos los días

Su

Académica, Departamento de Ciencias Jurídicas

Son las seis de la mañana, no puedo dormir, miro el celular, todos duermen, me levanto, me asomo a la ventana y horas después escucho el cantar estridente de treiles y bandurrias. Bajo las escaleras y veo a Atia esperando impaciente que Wall-E le dé su segundo desayuno. La saludo y ella me responde ronroneando. Atia, dice una amiga, es muy conversadora. Y es cierto. No para de hablar. Luego de nuestro ritual diario, la dejo cerca de mis pies y me dispongo a preparar un café. Tomo la cafetera, le pongo un poco de café, luego agua caliente y lo vierto sobre dos tazas. Subo las escaleras con las dos tazas de café, una se queda en la mesa de noche de mi acompañante de vida, que es como las flores, dice él, porque hasta que no sale el sol no se levanta. A unos pasos está la oficina, me tomo mi café, me siento frente al computador, levanto la tapa y declaro formalmente el inicio de mi jornada en tiempo de pandemia: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábados y domingos.

Confesiones en tiempos de pandemia

Alba Zambrano Constanzo

Académica, Departamento de Psicología

Comenzó en el ocaso del verano, esta experiencia que probablemente contaré a mis nietos como un episodio inédito, se suma a otras experiencias fuertes, como las del golpe militar, grandes represiones estudiantiles en el Temuco de los ochenta, algunos terremotos y el estallido social iniciado el 18 de octubre.

Pero ¿qué es lo diferente? ¿Qué marca la especificidad de esta experiencia respecto de las otras que ya forman parte de la historia que atraviesa mi vida y la de otras personas?

Un día iluminado me acompaña para recibir las noticias: se anuncia la presencia de una pandemia en diferentes puntos del mundo. Tiene nombre y aparentemente lugar de origen. La alarma crece y nos quedamos a resguardo en el hogar que protege.

Surgen los recuerdos de libros leídos con historias de pandemias sin tregua. Me parece irreal repetir historias que parecen simples relatos congelados en el tiempo. Aunque sea surrealista, nos quedamos atados al miedo, a la impotencia y a la incertidumbre. El caos crece y se desata la amenaza a la vida.

Me pregunto: ¿esta pandemia es nueva para quienes viven en los márgenes? Aquellos que no tienen agua ni alimento garantizados cada día. Aquellos que tienen a la calle como único refugio. Aquellas que despiertan y experimentan el miedo profundo de la violencia de quienes por ser hombres se han establecido como sus opresores. Aquellos pueblos que, ya sin tierra, deben someterse a la brutalidad del que se cree superior y, por ello, dueño de la geografía y de la dignidad. Aquellas comunidades que por ser definidas como «menos desarrolladas» han debido silenciar la fuerza y la riqueza de su origen e identidad. ¿Es nueva la pandemia para las otras especies? Aquellas que sin ninguna tregua debieron saciar el apetito desmedido de la civilización moderna. Con ello, rompimos una y otra vez el patrón que sostenía la vida, olvidando que la vida solo es posible si

cuidamos la compleja red de relaciones que involucran a una comunidad, incluida la humana.

Cada uno de nosotros, a su modo, también es parte de otras pandemias. Cuando hemos ido matando uno a uno los sueños, esos de justicia, de vida respetuosa de las vidas otras. Cuando nos hemos ido ajustando sin voz a las fórmulas del mercado. Cuando hemos exterminado la naturaleza, la vida, las culturas, otros modos de vida y otras cosmovisiones.

De variados modos somos pandemia viviendo una nueva pandemia. Pero también somos vida conectada con la vida. Con sueños pausados y con una mayor conciencia de que la vida tiene el riesgo de la muerte.

Creo que este tiempo ha sido una pausa obligada para pensar, reencontrarnos existencialmente con nosotros mismos, con los afectos fundamentales, y establecer cuáles son las cuestiones prioritarias en nuestras vidas.

Para mí, un tiempo de reacomodos, de recordar otros momentos que marcan puntos de inflexión, pero que fundamentalmente me remiten a los sentidos profundos y raíces fundamentales de la existencia. Soy un pequeño universo que tributa, para bien o para mal, a transformar el microcosmos que representa nuestro planeta. He retornado a las prácticas simples que llenan mi vida de vida: la huerta, el jardín, la música, preparar alimento, encontrarme con quienes hoy son fundamentales en mi vida.

He acumulado años y por ello estar enfrentada a la muerte como posibilidad me centra en la importancia de vivir cada instante con menos carga, dejando fluir, cuestión no fácil, pero también con más coherencia y responsabilidad con el espacio de vida que comparto con otros: más reciclaje, más autonomía en mi subsistencia y más solidaridad. ¡Quiero ser vida para la vida!



Este libro fue compuesto por el equipo de
Ediciones Universidad de La Frontera durante
el confinamiento del invierno de 2020.

Para los textos del interior se utilizó la fuente Skolar Latin,
diseñada por David Březina. En la portada y títulos se usó Libertad,
del tipógrafo Fernando Díaz.

